
Dirección y Administración
BALCARCE 345
-9-
José Gonzalez Castillo
Los invertidos
20



LA SATANELLA

BAMBALINAS

REVISTA DE ACTUALIDADES TEATRALES Y ARTISTICAS

Publica en todos sus números una obra de éxito extraordinario y registra la semana teatral en críticas, comentarios, fotografías y dibujos. Publica además monólogos, pequeñas novelas, cuentos, poesías, etc.

Administración y Dirección
BALCARCE 345
U. T. 232, AVENIDA

FUNDADOR:
FEDERICO MERTENS
ADMINISTRADOR:
NEMESIO A. FERRARI

Año II. Buenos Aires, Febrero 8 de 1919 Núm. 44

"LOS INVERTIDOS"

LA MORAL EN EL TEATRO

(*Discurso pronunciado por el autor, la noche del reestreno de la obra, en el Teatro Nacional.*)

El decreto del Intendente Municipal señor Anchorena, que prohibió las representaciones de "Los Invertidos" se fundaba en dos razones de orden esencial:

1º.—Que la Intendencia Municipal está autorizada, por la Ordenanza respectiva a prohibir las representaciones o exhibiciones de obras, películas y vistas atentatorias a la moral y las buenas costumbres.

2º.—Que mi obra "Los Invertidos", caía bajo la sanción de esa Ordenanza, por ser en su título, en su asunto y en su desarrollo evidentemente inmoral.

El Honorable Concejo Deliberante, ante cuya autoridad recurrí de la resolución municipal, ha revocado ese decreto, concediendo, de acuerdo con un criterio más amplio de justicia y de derecho, las representaciones de la obra. Pero, ni el Intendente, en su prohibición, ni el Honorable Concejo en su revocatoria, han estudiado el asunto, bajo la única faz que ofrecía: la de la moral en el teatro, ni establecido el criterio preciso exacto, a que debe someterse esa interpretación de la moral en los espectáculos públicos.

Créome, pues, al reanudar las interrumpidas representaciones de mi obra, en el deber de exponer mis ideas al respecto, que, considero las de la mayoría del público culto y desprejuiciado, pero que, por desgracia, no son, al parecer, las de las autoridades encargadas de definirlas.

Ahora bien ¿cuál es, dentro del criterio municipal, la línea divisoria entre lo moral y lo inmoral, que permita a la Inspección de teatros o a la secretaría de Higiene, formular juicios categóricos respecto de una obra o de una película cinematográfica? La Intendencia Municipal ha permitido y consentido, como el público que me escucha puede atestiguarlo, el uso y hasta el abuso del género teatral que llaman libre. No hay en ese género, hasta lo que hemos podido ver, otra intención ni otros propósitos, que los de provocar la hilaridad del público, merced a retruécanos de doble sentido o los de aguzar las concuspicencias del auditorio con escenas de subida escatología. En una palabra: lejos de com-

batir el vicio, el género libre lo propaga ya que su principal éxito reside en la provocación de los sensualismos del público con las sugerencias libidinosas que constituyen la base de sus efectos. Con análoga indiferencia o con igual tolerancia, la autoridad municipal, ha permitido la libre representación, cuantas veces lo han querido las empresas, de "Salomé", el poema bíblico de Wilde, en el que el poeta inglés, apenas si se limita a desahogar sus proverbiales morbosismos en un canto a la lujuria enfermiza y sangrienta; de "La Corte de Faraón", zarzuela hecha a base de pura pornografía, sin el más leve disfraz de arte o de poesía que pudiera justificar hasta cierto punto a la primera; de "La cena de las burlas", el inmortal drama de Sem Benelli, cuyo segundo acto sólo podría tolerarse en gracia a la belleza de sus versos y al arte de sus escenas; y, así sucesivamente, de las mil y una revistas con que el género chico nos empalaga diariamente el gusto o de las mil y una pochades francesas o italianas con que, en todas las temporadas y en todas las compañías, el espíritu mercantil de las empresas, ilustran sus programas policiales o sentimentales.

Luego ¿cuál es la interpretación que a la moral teatral da la Intendencia al prohibir las representaciones de "Los Invertidos"?

En "Los Invertidos", magüer lo escabroso de su asunto y lo sugestivo de su título, no se enaltece el vicio, no se provoca la concuspicencia pública, no se persigue la satisfacción libidinosa del espectador. Por el contrario, se combate en ella, hasta donde lo permiten las facultades del autor y del tema, un vicio nefasto, desgraciadamente difundido en la sociedad bonaerense. Su eficacia moralizadora es efectiva, desde que llega a inspirar repugnancia por esos tristes individuos que la crápula ha rebajado del plano común de los hombres, y su eficiencia educadora puede ser tanta, según las mismas palabras del Señor Lazcano, inspector general de teatros, que después de presenciarla, difícilmente se encontraría un solo espectador que deseara, en su fuero interno, asemejarse a ninguno de sus protagonistas.

¿Puede ser inmoral entonces una obra que, precisamente, combate en esa forma la inmoralidad?

Lo inmoral, dentro de los principios modernos de la más elemental pedagogía, no es, sin duda, lo que expone un vicio, desnuda una lacra o evidencia un crimen, y menos, cuando, como en el anfiteatro, ello se hace para demostrar sus perniciosos efectos o enseñar el remedio. Lo inmoral es lo escandaloso, lo que sugiere la imitación, provoca el deseo o despierta la malsana curiosidad.

Una estatua no es inmoral, aunque manifieste un desnudo, por que en su desnudez, precisamente, libre de todo artificio sugestivo, evoca la prístina pureza y la sublime inocencia del arte. Y una madre, una hermana, una maestra de escuela puede ser inmoral, cuando en la caricia íntima, en el descuido del tocado o en la más leve libertad de lenguaje sugiere al niño un pensamiento innoble o una idea delicuecente. De la misma manera es moral la Diana del jardín versallesco de Palermo, o la mujer desnuda de "Los primeros fríos", y es inmoral la distinguida dama que en un palco del Teatro Colón, ostenta el escote hasta el ombligo.

El acto de aquellos viejos sabios del Areópago, que nos cuenta la historia, ante las gloriosas desnudeces de Friné, no aparece como inmoral ni para la historia ni para sus comentadores; pero es inmoral para la Biblia y para sus apóstoles, el mismo acto repetido, por los dos viejos de Babilonia, atisbando desde los árboles los pudibundos encantos de la casta Susana.

Luego en el arte como en la vida lo inmoral no está, precisamente, en la estatua, en la mujer o en la obra,

sino en los ojos, en la intención o en el criterio de los que miran, observan o escuchan esa obra, esa mujer o esa estatua.

Dentro de esa apreciación de la moral "Los Invertidos" ¿sugiere una idea inmoral, inspira un deseo impúdico, provoca un enervamiento sensual?... No; su asunto nos habla de un vicio, que nadie desconoce y que todo el mundo está convencido de su existencia, pero al hablarnos de él, nos lo muestra en su aspecto más pernicioso, cual es el de la situación del pederasta en la familia, en el hogar; lo anatematiza con la palabra y con la acción, y por último, y si hemos de atenernos a los cánones clásicos de la preceptiva moral, hace triunfar la virtud, que es en este caso, la simplicidad de las costumbres, sobre el medio podrido y degenerado que las rodea.

Y eso no es inmoral, no obstante lo que opine el señor Anchorena, como no es inmoral Ibsen, al echar en cara en "Los espectros" a la humanidad los efectos desastrosos de la vida disoluta; como no es inmoral Shakespeare, al hacer por simple arte, la exposición del incesto en "Edipo" o en Hamlet; como no lo es Brieux, en "Les Avariees", como no lo son los tragedistas desde Esquilo a Hoffmantal en toda la inmensa serie de obras que no tienen otro asunto ni otra alma que la escrutación del crimen, del adulterio, del incesto, como base y esencia de la gran tragedia humana.

Pero salgamos del orden puramente interpretativo de la moral en los espectáculos públicos, que no es precisamente, el mejor campo de polémica hacia el cual debemos arrastrar a la autoridad municipal, llámese inspección o intendencia, en gracia a su absoluta orfandad de antecedentes o de derechos, y entremos en el aspecto exclusivamente administrativo de la cuestión.

La inspección de teatros está autorizada para vigilar—no para sancionar—la moral de los espectáculos bonaerenses. Pero ¿tiene la inspección establecida la categoría de los espectáculos, o mejor dicho, la norma a seguir de acuerdo con la relatividad de cada uno de ellos? ¿Puede la inspección de teatros someter al mismo cartabón unilateral de su criterio moral al Teatro Royal y al Odeón; al Casino y al San Martín, al Teatro Nacional y a la Opera?...

La inmoralidad, no es aquello que hiere nuestra propia susceptibilidad virtuosa de espectador, si no aquello que nos parece que hiere la de los demás. Una escena, un *calembour* o un chiste, nos resulta tanto más inmoral cuanto mayor nos ha parecido el rubor de la dama que está a nuestro lado o la curiosidad pecadora del niño que está enfrente. ¿Puede estar seguro el espectador de que esa pudibundez de la dama no es más que el efecto de sentirse escrutada por los hombres que la rodean? Un hombre se desnuda ante otro sin ninguna clase de pudores, porque no cree hacer escándalo, pero en cambio, tiene que sufrir una verdadera violencia al hacerlo ante una persona del sexo contrario—salvo los casos de intimidad—por pura delicadeza moral.

Y bien: ¿es posible exigir una misma moralidad en las revistas del Royal, hechas para un público homogéneo y análogo en moralidad, que en las comedias del Odeón, para una sala de familias?

Cuando se estrenó "Los Invertidos", el cartel y el programa rezaban en gruesos caracteres la condición de *teatro libre* y *teatro realista* del género. Su público fué las ocho noches de "Los Invertidos", y anteriormente, durante las 26 representaciones de "La trata de Blancas", exclusivamente compuesto de hombres. Luego ¿por qué el Intendente Anchorena, en su quijotismo moralizador no prohibió las piezas pornográficas de Brulé y la Borelli en el Odeón y en el San Martín, y prohi-

bió en cambio "Los Invertidos" en el Teatro Nacional? ¿O acaso para el intendente la moral sólo estaba amenazada en la calle Corrientes y no en la de Esmeralda?

En París, donde existe la censura previa, rechazada por nuestra constitución, y donde las obras se someten al estudio y al consentimiento de un tribunal perfectamente autorizado e inteligente, se rotula un cartel con el adjetivo de *inmoral* pero no se prohiben las representaciones de la obra así impugnada. Y el espectador tiene entonces a que atenerse con sólo leer el cartel, y está libre de llevar al teatro o no su familia o su puritanismo moral. Con igual razón, el rótulo de *teatro libre* y *realista*, que ostentaba el cartel de este teatro no podía engañar a nadie ni apurar los escalofríos apostólicos del señor Anchorena.

Para probar esta circunstancia voy a citar un caso, ocurrido en la segunda representación de "Los Invertidos". A la ventanilla de venta se presentó un caballero acompañado de tres damas. El administrador del teatro reconoció en el caballero a un distinguido médico de la Capital, y atentamente, le advirtió la clase de espectáculo que se ofrecía esa noche. El caballero, por simple respuesta dijo: —"No vengo a pedir consejos. He visto anoche la obra y hoy traigo a mi familia para que la vea. Y yo sé lo que me hago".

¿Podía llamarse a engaño ese señor sobre la moralidad del espectáculo? ¿Sabía el señor Intendente, si para ese espectador, como para muchos otros era moral una obra que él prohibió por inmoral?

Todas estas razones, entre las que he buscado inútilmente las que podrían haber inspirado a la Municipalidad su arbitraria resolución, prueban que ella no tenía ninguna. Y que el decreto del señor Intendente, más que a un exceso de celo puritanista obedecía a influencias personales de alguien o de varios que se sentían afectados por la pieza.

Y voy a probarlo.

Ni el señor Intendente, ni el señor Secretario, ni la inspección de teatros ignoran la existencia de los invertidos en nuestra sociedad; conocen perfectamente la gravedad del mal y saben hasta donde llegan las inmundas proporciones de esa aberración, y por consiguiente, ni los inspectores de teatros, ni el Secretario, ni el Intendente, pueden acusar de falsedad a la obra ni desconocer la verdad que la informa.

Pero, como precisamente, ese vicio está radicado más en las altas esferas sociales, que en las clases populares, y se trata de combatir seriamente en la obra, de ahí la mogigatería que les obliga, en nombre de una moral mal entendida a ocultar una infamia que consideran sin remedio y sin redención.

Las mismas palabras de un concejal en la sesión respectiva confirman ese mi pensar: "Yo admiro la factura de "Los Invertidos",—ha dicho—pero sostengo que hay cosas que no deben sacarse a flote", como si fuera posible contener a la Verdad y aprisionar el Arte con los eternos grillos de la farsa y de la mentira.

Hombres somos, y con todas nuestras fealdades y nuestras infamias, debemos enorgullecernos de combatir y eliminar aquello que, precisamente, nos rebaja de esa misma gloriosa aunque triste condición humana.

El que se avergüenza, por las fealdades de los demás, de ser hombre, no merece la pena de vivir entre ellos.

Es todo lo que tenía que objetar a la prohibición del señor Anchorena, que un criterio más sano y más libre acaba de revocar. Ojalá que la humilde campaña sostenida y ganada por esta aun más humilde obra, sea el origen de un teatro fuerte y sano, de Verdad y de enseñanza que abra nuevos rumbos a la lucha de la inteligencia y el valor contra la mesnada de los hipócritas, de los fanáticos y de los viciosos.

He dicho.

José Gonzalez Castillo

Los invertidos

DRAMA REALISTA EN TRES ACTOS

Estrenado por la compañía Podestá Ballerini, en el Teatro Nacional el 12 de septiembre de 1914 y prohibido por la Intendendencia Municipal a la novena representación.

REPARTO

Clara	Sra. B. Podestá	La Juanita	Sr. A. Calderilla
Petrona	» A. Ferrer	La Princesa de Borbón	» B. Sánchez
Lola	» Munter	Emilio	» J. Perez
Dr. Florez	Sr. E. Cordido	Julian	» C. Rodriguez
Perez	» E. Alippi	Benito	» A. Ballerini
Fernandez	» L. Simari		

ACTO PRIMERO

Oficina particular en casa del doctor Florez, lujosamente amueblada. En el ángulo izquierdo, gran balcón, a través de cuyas puertas-vidrieras se verán los edificios del frente. En las paredes, colgados, cuadros y panoplias con armas diversas. A la derecha, escritorio ministro, con libros y papeles. Juego de marroquí. Estatuas. Una vitrina con utensilios de cirugía. Una biblioteca, etc. Es el atardecer de un día de primavera. Derecha e izquierda las del espectador.

Julián, luego Petrona

(*Al levantarse el telón aparecerá Julián, joven de 16 años, hijo mayor del doctor Florez, trabajando sobre la mesa-escritorio de la derecha. Simula que copia en limpio un informe pericial de su padre.*)

JULIAN.—(*Leyendo con dificultad*). ''El procesado Calixto, señor juez, se- ''gún propia manifestación y según los antecedentes acumulados en autos, consti- ''tuye uno de esos interesantes casos de inversión sexual que la patología ha defi- ''nido ya exactamente en infinidad de obras sobre la materia. No aparecen en ''él, después de un prolijo estudio orgánico, las deformaciones fisiológicas que ''a tales casos, por excepción, caracterizan y que inspiró a los griegos el mito 'de Hermafrodita, pero sus hábitos, marcadamente femeninos, las sutilezas de 'su idiosincracia, sus mismas predilecciones por todas esas futilezas que cons- 'tituyen el encanto de las mujeres, la inflección de su voz, suave y acariciadora, 'la misma constante manifestación de vagas coqueterías femeninas, nos hacen 'pensar que estamos en presencia de uno de esos extraños fenómenos de desdo- 'blamiento sensual, que, más que a una aberración del sexo, obedecen a una 'perversión del instinto, aguzada por el exceso de los placeres, la fragilidad 'de una insuficiente educación físico-moral y aun quizás, por las tendencias 'ancestrales de una herencia morbosa''. ¡Qué caso más raro! (*A mitad de la precedente lectura habrá aparecido en escena, Petrona, vieja criada de la familia del doctor Florez; empezará por arreglar las sillas y papeles de la oficina, pero atraída por el tono declamatorio de la lectura, se quedará suspensa de ella hasta su terminación.*)

PETRONA.—¿Qué es eso, niño? ¿Algún discurso que está por decir?...

JULIAN.—No, ¡qué discurso!... ¡Es un informe de papá que estoy copiando!...

PETRONA.—¡Ah!... Como tiene tantas palabras raras y no entendía ni jota, créia que era un discurso... ¿Y pá qué es ese informe?...

JULIAN.—Un informe médico sobre un asesino...

PETRONA.—¿Sí?... ¿Algún loco?...

JULIAN.—No... peor que eso... un hermafrodita... ¿Usted sabe lo que es un hermafrodita? (*Leyendo*). Un "caso de inversión sexual con anestesia congénita".

PETRONA.—¡Qué sé yo!... Si no me habla en cristiano no le via entender...

JULIAN.—Pues un... ¿cómo le diré?... un individuo que es a la vez hombre y mujer...

PETRONA.—¡Ah!... Un manflora... ¡bah!... He conocido tantos... ¿Y cómo dice que le llaman a los manfloras?

JULIAN.—Hermafroditas... Invertidos...

PETRONA.—Mafrodita... ¡Bah!... Los médicos y los procuradores siempre le han de inventar nombres raros a las cosas más sencillas... En mis tiempos se les llamaba mariquita, no más, o maricón, que es más claro... Pá qué tantos términos... ¡Yo he conocido más de cien!...

JULIAN.—¿Usted?... ¿En dónde?...

PETRONA.—¿En dónde ha e'ser, pues?... ¡En el mundo!... ¿Usted qué se crée? Hay más de esos mafroditas que lo que parece, ¿qué se figura?... Mire: se lo voy a decir, ¿sabe?, pero no lo vaya a repetir, porque se podría saber... y el pobre pertenecía a la familia de su papá...

JULIAN.—¿De papá?...

PETRONA.—Sí; de su papá... Usted sabe que yo estoy con la familia desde que su papá era asina, ¿no?... Y todavía más chico... Bueno... y él tenía un primo, o qué sé yo, que ya era mozo, y en la casa le llamaban Lilí... Ya murió el pobre... Bueno... pues ese Lilí, era lo mismo que una mujer, y tenía unos bigotes como de gringo... Siempre andaba con polvos, perfumes y abanicos... y a lo mejor, lo véiamos vestido de mujer al muy sinvergüenza... todo ajustado y empolvado y con un polizón... ¡Ay, qué asco!... que le aumentaba el bulto... así... como si juera de veras... ¡Me daba una rabia!...

JULIAN.—Pero lo haría de broma...

PETRONA.—Sí; bonita la broma... Fíjese, niño, que un día... cuando su abuelita tuvo a la niña Felisa, su tía, bueno, pues él se echó en cama y se puso a gritar también como si lo estuvieran degollando...

JULIAN.—¿Y por qué?...

PETRONA.—Ahí verá, pues... Al muy chancho se le había antojado tener hijos también... ¡Qué cochino!... Tuvieron que echarlo pa que no diera escándalo... ¡Asqueroso!... Después lo ví pocas veces, hasta que según me dijeron se mató... Y mire lo que son las cosas, ¿no?... Casi todos los mariquitas que yo he conocido o he oído decir, han muerto lo mismo... ¡como si juera un castigo de Dios!...

JULIAN.—¡Pobres diablos!... ¡Su vida es una aberración!... ¡Qué otro fin pueden tener!... ¿Y usted ha conocido algún otro de esos... mariquitas en la familia?...

PETRONA.—No... en la familia no... Pero eso sí, pa qué via mentir... A casi todos los hombres que yo he criao o he visto criarse les gustaban las cosas de las mujeres... A su papá, no más, pa no ir más lejos... le gustaba jugar con las muñecas de las niñas, lo mismo que una mujercita... Si me parece verlo... Era apegao a las hermanas y a las tías, y mocito ya, más le gustaba salir con ellas que andar solo o con amigos... Tan distinto de ahora, ¿no?... que casi siempre sale solo.. o con ese señor Pérez...

JULIAN.—Un amigo de su infancia...



PETRONA.—¡Bah! Me vá a decir a mí... Estaban juntos en el colegio... Y era un peine, el tal Pérez... más sinvergüenza cuando muchacho...

JULIAN.—Bueno, bueno... ¿Ya se va poner a hablar mal de Pérez, también?...

PETRONA.—Yo no hablo mal de nadie... digo lo que sé...

JULIAN.—Bueno... es lo mismo. Con su charla me ha hecho perder tiempo y no puedo seguir la copia... ¿Y mamá?...

PETRONA.—Está arreglándose, con la niña... creo que van a ir a comer a lo de su abuelita...

JULIAN.—Sí; vamos a ir los tres... Yo terminaré esto mañana... o luego (*arregla los papeles del escritorio*).

PETRONA.—Yo voy a sacudir un poco aquí... Pero ¿no ve?... ya han traído otra vez las revistas de la niña...

JULIAN.—¿Qué revistas?...

PETRONA.—Estas, de modas... ¿No está viendo?... La niña siempre me reta por esto...

JULIAN.—No; si estas no son de ella... Las debe haber traído papá...

PETRONA.—¿Su papá... ¿Y pa qué quiere modas de mujeres, su papá?...

JULIAN.—Y qué sé yo... Las habrá traído para Lola... Llévelas no más y no averigüe tanto, pues... En todo se ha de meter...

PETRONA.—Está bien... ya me voy... ¡En todo se ha de meter!... ¡Yo no me meto en nada, oh! ¡Pa qué me pregunta, también!... (*Vase rezongando por izquierda*).

JULIAN.—(*Continúa un rato escribiendo. Luego lee en alta voz como al principio*). "¡Las tendencias de una herencia morbosa!... Porque el vicio, "explosión de instintos torturados, parece ser en estos casos, la herencia de vi- " da, recibida en la sangre y transmitida de padres a hijos en una sucesión perpe- "tua de amoralidades contradictorias. ¡Y es así como vemos al místico desatar "en los sensualismos del hijo las propias concuspicencias domeñadas; al sen- "sual prolongar la vehemencia de sus pasiones, en el ansia insaciable del hijo "alcohólico, como si el fuego interno de la sangre exigiera la fuente refrigera- " dora de una sed eterna; al criminal desahogando en la impulsividad de sus "instintos la larga serie de violencias recibidas en la heredad ancestral de "toda una raza de perversiones morales, de reblandecimientos físicos, de refi- "namientos progresivos!...

"El fuego simbólico que consumió a Sodoma como una venganza del cielo, "no es más, señor juez, que el fuego secreto, invencible, interno que crea el "fanatismo del místico, incita el ansia del sensualista, alimenta la sed del "ebrio, arma el brazo del homicida, y termina con la raza en el agotamiento "de las energías creadoras y reproductoras de la vida". Es curiosa la teoría...

Julián y Florez

FLOREZ.—(*Que habrá aparecido a la mitad de la lectura. Silenciosamente coloca su sombrero y su bastón en la mesa y se acerca a Julián por detrás*). ¡Muy bien!... ¿Has terminado ya la copia?...

JULIAN.—¡Ah!... papá... ¡Buenas tardes!... No; todavía no... Me entretenía en leerlo para dominar mejor tu letra...

FLOREZ.—¿Y la entiendes bien?...

JULIAN.— Sí; en partes. Los términos técnicos no más me dan algún trabajo... ¿Aquí, qué dice?... (*Señala*).

FLOREZ.—(*Leyendo*). "Anestesia congénita"... ¿Cómo has puesto?...

JULIAN.—Lo mismo... Pero no estaba bien seguro...

Dichos y Clara

CLARA.—(*Aparece, peinada, pero cubierta con un kimono de lujo, como quien está haciendo su toilet de calle. A Florez*) ¡Ah!... ¿estabas aquí?...

FLOREZ.—Sí; acabo de llegar...

CLARA.—Como dijiste que no vendrías a cenar... yo había resuelto ir a casa de mamá... Te haré preparar la cena...

FLOREZ.—No; no tengo apetito... No pensaba venir, pero como debo concluir ese informe y esperarlo a Pérez para ir al club, resolví venirme un rato a trabajar... No suspendas tu visita... Vayan no más...

CLARA.—¿No comerás, entonces?...

FLOREZ.—No; más tarde en el club...

CLARA.—¿Por qué no nos acompañas a casa de mamá?...

FLOREZ.—Porque tengo que hacer, querida... Ya te lo he dicho: debo esperar a Pérez...

CLARA.—Bien... Bien...

FLOREZ.—Y además terminar ese informe...

CLARA.—(*A Julián*). Y tú ¿por qué no te vas arreglando?

FLOREZ.—Sí; ve a vestirte... Seguirás mañana... Si todavía falta algo...

JULIAN.—Como gustes, papá... Voy a vestirme entonces... Con permiso (*Vase por izquierda*).

Clara y Florez

CLARA.—(*Florez se sienta al escritorio, hojeando los papeles. Breve pausa*). ¿Y qué informe es ese que te trae tan preocupado desde hace unos días?...

FLOREZ.—Es un informe médico sobre la responsabilidad criminal de un homicida... un desgraciado hermafrodita...

CLARA.—¡Un hermafrodita asesino!...

FLOREZ.—Sí; y asesino por celos... Es un caso interesante... Fué aquí en la calle Talcahuano... Mató a un compañero de pieza, extrangulándolo, por que el otro se casaba en esos días...

CLARA.—¡Qué atrocidad!... ¡Un hombre!... Pero, ¿y eso puede ser un caso de irresponsabilidad?... ¿Puede darse el ejemplo de que un hombre sienta celos de otro por... por?...

FLOREZ.—Sí; dilo no más... ¡por amor!... ¡Por un ciego y monstruoso amor homicida!...

CLARA.—¡Pero un hombre!... ¿Es posible, señor?...

FLOREZ.—Tan posible, como que todos los días, a cada momento la criminalogía encuentra casos análogos... Yo conocí uno, que le llamaban "La Robla", joven y distinguido, que por desvíos de su... de su amante, otro hombre, se suicidó por asfixia después de haber tapado las rendijas de la puerta con recortes de folletín... ¡Un suicidio romántico!...

CLARA.—Pero, ¡Dios mío!... ¿Y puede esa aberración, esa monstruosidad echar raíces sentimentales en esa clase de individuos?...

FLOREZ.—Como que aman con toda la fuerza invencible de instintos secretos, insospechados, hereditarios... Como que es una segunda naturaleza, tanto más poderosa en ellos que la propia, cuanto que es una naturaleza enfermiza, morbosa, que no pueden eludir; que han recibido con la vida y educado con el medio y refinado con el placer. Una especie de transfusión del sexo, de desdoblamiento nervioso que se manifiesta en casos, en momentos, en circunstancias especiales.

CLARA.—¿Pero no son acaso, seres monstruosos, deformes, esos desgraciados?...

FLOREZ.—Los hay, pero muy escasos... excepcionalmente... Por lo general son individuos normales, aún más, vigorosos, varoniles, jóvenes, como el caso ese que estoy infomando, que mató al otro con la simple fuerza hercúlea de sus manos... Individuos dotados de todas las cualidades viriles del hombre

nún, pero en quienes, precisamente, ejerce un atractivo poderoso la superio-lad varonil física o moral de otro congénere... Y cuando están bajo la acción el momento que llamaremos crítico, en la noche especialmente, se convierten mujeres, en menos que mujeres, con todas sus rarezas, con todos sus caprichos, sus pasiones, como si en ese instante se operara en su naturaleza una trans-utación maravillosa y monstruosa... (*Como poseído*). ¡Es la voz de los an-tres, el grito del vicio, el llamamiento imperioso de la decadencia genésica, redados en un organismo decrépito y gastado en su propio origen por la obra un pasado de miserías materiales y anímicas!...

CLARA.—¡Hablas con un entusiasmo!...

FLOREZ.—(*Reaccionando. Con sonrisa nerviosa*). Es verdad... Me entu-smo... Me parece estar en la cátedra... ¡Es que son tan dignos de lástima s desgraciados!...

CLARA.—No veo la razón de esa lástima... ¡Degenerados! ¿Para qué les esita la sociedad... para qué?...

FLOREZ.—¡Verdad!... Pero tú no puedes... ni debes comprender toda miseria de esos infelices, todo el dolor que hay en el fondo de esas perver-nes...

CLARA.—¿Y tú piensas demostrar su irresponsabilidad?...

FLOREZ.—No; no me corresponde... lo hago por puro diletantismo cien-ico, ya que debo informar sobre el sujeto... Y además, no sé si por piedad, or qué, siento una extraña simpatía, una especie de misericordiosa lástima todos esos infelices... Y la pongo en práctica, tratando de favorecer su sa... ¡Al fin creo no hacer ningún daño en ello!... La justicia es la que olverá... (*Con tristeza*) Además... hay una ley secreta... extraña, fatal, siempre hace justicia en esos seres, eliminándolos trágicamente, cuando la a les pesa como una carga... Irredentos convencidos... el suicidio es "su ima, su buena evolución"... como diría Verlaine...

CLARA.—¡Desgraciados!... ¡Para qué preocuparse más de ellos!... ¿Vas uedarte trabajando, entonces? ...

FLOREZ.—Sí... un rato... hasta que venga Pérez...

CLARA.—Hasta luego, entonces... Me iré a vestir...

FLOREZ.—Vete no más... (*Clara va hasta la puerta de izquierda. Allí detiene. Mira un momento a su marido preocupado con sus papeles, hace un to de desesperanza y sale*). "¡El suicidio es su última, su buena evolu-n!"...

Florez, Fernández y Pérez

PETRONA.—(*Después de una breve pausa, apareciendo por derecha*). El or Pérez con otro señor...

FLOREZ.—Que pasen... (*Vase por derecha Petrona, y aparecen a los diez undos Pérez y Fernández. Pérez es el prototipo del "oportunista", elegante, senfadado, "causseur" y espiritual. Viste de frac irreprochablemente. Fer-ndez es el tipo del sportsman. Alto, atlético, vigoroso, viste con cierto elegan-abandono. Habla pausadamente y como convencido de su fuerza física. En fondo, sin embargo, no es más que un degenerado como los demás, que con-era su vicio más bien como un adorno que como una calamidad*).

FERNANDEZ.—(*Apareciendo, precedido de Pérez*). Hola, querido... rabajando?...

PEREZ.—¿Cómo te va?...

FLOREZ.—Buenas tardes... Adelante... y tomen asiento... ¿A qué debo sorpresa?...

FERNANDEZ.—¿Sorpresa, dices?... ¿No lo esperabas a Pérez?...

PEREZ.—Sí; de mí no se ha de sorprender... Como que me estaba espe-ado... ¿no es verdad, Florez?

FLOREZ.—Sí; realmente... La sorpresa me la da Fernández. ¡El hombre



de los sports!... Francamente, debe ser algo muy grave lo que le hace desertar a sus preocupaciones habituales, de la esgrima, la caza del pichón, el rowing y otras "animaladas" por el estilo, para venirse a meter en el aplastador ambiente de un gabinete de estudio... ¿Alguna consulta, no?...

PEREZ.—Pero no médica... A éste ya no hay médico que lo cure... ¡caso irremediablemente perdido!...

FLOREZ.—¿Y entonces?...

FERNANDEZ.—Una consulta... de honor...

FLOREZ.—¿Honor?... ¿Has dicho "honor"?...

FERNANDEZ.—Sí; de "honor"... con todas sus letras... ¿Acaso estamos privados de honor los sportsmen?...

PEREZ.—Los "sportsmen" no... pero... los otros... en fin... Es realmente original el caso... A Florez ha debido sorprenderle...

FLOREZ.—¡Bah! ¿Por qué?

FERNANDEZ.—No; si a éste le ha dado por las ironías... (*A Pérez*). Pero ten cuidado... ¿eh?... Mira que hoy he marcado setecientos kilos de un puñetazo en el "Pushing ball".

PEREZ.—Entonces, te sientas un poco más lejos, por si acaso...

FLOREZ.—Vamos a ver... que no corra sangre... ¿De qué se trata?

FERNANDEZ.—De una consulta de honor... ya te lo he dicho... Anoche, en el Club de Esgrima, Ricardo me ha ofendido, después de una discusión sobre el matrimonio...

PEREZ,—¿Sobre el matrimonio?... ¿A que tu te mostraste partidario del matrimonio?...

FERNANDEZ.—No; precisamente yo sostuve la incompatibilidad de ciertos caracteres con el matrimonio... y agregué: que la mujer antes de casarse debía someter a su prometido a todo un severísimo examen médico, fisiológico y moral, porque en la actual situación social hay un porcentaje enorme de amorales, que, aun a pesar de su aparente virilidad, son incapaces para la vida integral...

FLOREZ.—¿Eso sostuviste tú?...

FERNANDEZ.—Eso... ¿No te parece bien pensado?...

PEREZ.—Admirable...

FLOREZ.—Muy sensato... ¿Y qué contestó Ricardo?...

FERNANDEZ.—Pues figúrate... una grosería... ¿Qué otra cosa podría contestar ese imbécil?...

PEREZ.—Pero al grano... ¿Qué te contestó?

FERNANDEZ.—Que eso pensaba yo... porque yo era... (*Con misterio*). ¡Porque yo era... un maricón!

PEREZ.—¡Qué barbaridad!... ¿Y tú, claro, te indignarías?...

FERNANDEZ.—¿Que si me indigné?... Figúrate... Le metí debajo de una mesa de poker de un puñetazo...

PEREZ.—¿Cómo para demostrarle que no eras tan maricón como él dice!...

FERNANDEZ.—Hazte cargo... Y hoy, apenas me había levantado a las cinco, recibo la visita de Harris y de Lozano, que venían a pedirme satisfacciones...

FLOREZ.—¿Y se las diste?...

FERNANDEZ.—No; estuve por sacarlos a patadas a los dos, pero me acordé que no tenía botines puestos... y opté por pedirles tiempo para elejir mis padrinos... Y éste es el caso que te vengo a consultar... ¿Quién es aquí el ofendido? ¿Yo, que fuí insultado, o él, que recibió el guantazo?...

PEREZ.—Pues él, porque la ofensa ahí fué contundente...

FERNANDEZ.—No; déjate de macanas... Que diga Florez, ¿no soy yo el ofendido?...



FLOREZ.—Hombre... en verdad... el dilema es escabroso... Los padri-
ıos de Ricardo ¿qué dicen?

FERNANDEZ.—Que el ofendido es él...

PEREZ.—Lo que yo digo.

FLOREZ.—¿Por qué?...

FERNANDEZ.—Ahí está otra ofensa... Porque, según Ricardo, él no ha licho más que la verdad...

PEREZ.—¡Ja... ja... ja!...

FERNANDEZ.—¿De qué te ríes?...

PEREZ.—De lo gracioso de la respuesta... original... hombre, original... No lo creía a Ricardo con tanto talento...

FLOREZ.—¿Y tú qué sostienes?...

FERNANDEZ.—Pues yo... que, si en razón, él cree haberme dicho la erdad... yo también creo haber hecho lo mismo... Porque el puñetazo fué ımbién de veras...

PEREZ.—¡Ja... ja... ja!... Estupendo... hombre... estupendo...

FERNANDEZ.—Bien, déjate de pavadas y vamos a lo cierto... ¿Quién ; el efendido?...

FLOREZ.—Los dos...

FERNANDEZ.—No; es que yo necesito saberlo para la elección de armas, orque si me toca a mí, elijo la pistola...

PEREZ.—¿La pistola?... ¡Ja... ja... ja!... No, hombre... eso no te ›rresponde... Mediando la ofensa que ha mediado, la pistola debe elejirla él.

FERNANDEZ.—Mira que te pego...

FLOREZ.—No... bromees... el caso es en realidad grave... No se trata e un juguete. Fernández está en el deber de reparar la ofensa por las armas... e lo exige el honor de él...

PEREZ.—Y del género... neutro...

FLOREZ.—Aunque más no fuera que por eso... Y pasando al asunto... No te sería lo mismo batirte a pistola que a sable?...

FERNANDEZ.—Sí; para mí es lo mismo...

PEREZ.—Es que el sable... lo maneja mejor el otro... Pega cada ca-
azo...

FERNANDEZ.—Porque es de los tuyos...

PEREZ.—¡Qué quieres!... ¡Pertenecemos a la plana activa!

FERNANDEZ.—Bueno; ¿en qué quedamos?... Responde tú...

FLOREZ.—Pues en que es necesario que nombres tus padrinos... ¿Ya los enes?...

FERNANDEZ.—No; pensaba nombrarte a tí... y a López...

PEREZ.—Y a mí, ¿por qué no?...

FERNANDEZ.—Pues por eso... Porque tú eres de la pana activa...

FLOREZ.—Bien... basta de ironías... Pues acepto... Esta noche nos remos con López y los padrinos de Ricardo... Y a ver en qué termina esto...

PEREZ.—Pues en una comida redonda... Porque, francamente, en este so el honor tiene que defenderse de los duelos... ¡Está fresco el pobre con les paladines!...

FLOREZ.—Vamos, vamos, Pérez... Eres incorregible...

FERNANDEZ.—Pues está más fresco si eres tú el que lo defiende...

Dichos, Petrona y luego Benito

PETRONA.—(*Desde fuera*) ¿Se puede?...

FLOREZ.—Adelante...

PETRONA.—(*Apareciendo*) Hay un joven preguntando por el señor érez...

PEREZ.—¿Por mí?...

FLOREZ.—¿Usted le dijo que estaba aquí?...

PETRONA.—Yo no... pero él sabe... y me dijo que le avisara que lo buscan...

PEREZ.—¿Pero no le ha dicho quién es?...

PETRONA.—¡Ah! sí; dice que es el ordenanza del club...

FLOREZ.—¿Del club?

PEREZ.—Ah... sí... es Benito... Ya voy...

FLOREZ.—No te molestes... (*A Petrona*) Que pase no más... Condúzcalo aquí. (*Vase Petrona*).

FLOREZ.—(*A Pérez*). ¿Qué ocurrirá?...

PEREZ.—Alguna pavada de Benito... Ya sabes como es...

FERNANDEZ.—¡Buen peine es el Benito ese!... (*aparece Benito por la derecha*).

BENITO.—¡Con permiso!...

FLOREZ.—Adelante...

BENITO.—El señor Pérez... ¡Ah! Buenas tardes...

PEREZ.—Buenas tardes... ¿Qué hay de nuevo?...

BENITO.—Este... que... ¿se puede hablar no más?...

PEREZ.—Claro que se puede... Vamos a ver... ¿qué ocurre?...

BENITO.—No; lo decía por si había oídos indiscretos... Como usted me he recomendado tanto...

FERNANDEZ.—No hay oídos indiscretos... Puedes hablar...

BENITO.—No; es que, ¿sabe?... La consigna es la consigna... Y yo he estao ocho años enganchao... y sé lo que es una consigna...

PEREZ.—Bueno, hombre... ¿Acabarás?... ¿Qué es lo que te trae, por acá?...

BENITO.—(*Con desconfianza*) Que... al club, ¿sabe?... bueno... al bulín... han caído una punta de... niños... ¿sabe? Y a toda fuerza se han instalado allí... y se han puesto a tocar el piano, y a bailar... y dicen que se van a quedar a comer... y como yo no tenía órdenes suyas...

PEREZ.—No importa... Son amigos... Nos esperan... No te alarmes por eso... Ya lo sabía...

BENITO.—¡Ah! ¿Usted los había invitado?... Como no me dijo nada...

PEREZ.—Pero hombre...¿Habrá que enterarte de todo, ahora?... Vete no más... Y vigila que no hagan daño...

BENITO.—Pierda cuidado...

FERNANDEZ.—¿Con que estaban de farra?... ¿eh? Y no decían nada...

PEREZ.—No; de farra no... Teníamos una comida... y te íbamos a invitar, pero como estabas tan preocupado con tu duelo...

FERNANDEZ.—¿Y quiénes son los que están?...

PEREZ.—Emilio y unos cuantos amigos...

BENITO.—¡Ah! vea.... se me olvidaba... Hay uno nuevo, ¿sabe?... vestido de mujer...

FLOREZ.—¡Cómo!... ¿Y quién es ese?...

PEREZ.—Un nuevo miembro de la cofradía... un socio nuevo... (*a Benito*). Vete no más... Ya estamos enterados...

BENITO.—Bueno. Con permiso ¿no? Y disculpen ¿no?... Pero como la consigna es la consigna... yo, ¿sabe?...

PEREZ.—Bueno, hombre, bueno... Ya lo sabemos... Largate no más...

BENITO.—Con permiso... Y buenas tardes... (*vase*).

FLOREZ.—¿Dices que un nuevo socio?...

PEREZ.—Sí; es una conquista de Emilio... "La Princesa de Borbón"...

FERNANDEZ.—¿El ratero ese?...

PEREZ.—El mismo... Un lindo muchacho... Un efebo...

FLOREZ.—Pero un ratero...

PEREZ.—Qué ratero ni qué ocho cuartos... Es un compañero... del vicio... Un digno cófrade... Y nuestro pecado ya sabes que es eminentemente democrático...

FLOREZ.—En fin... si no es un compromiso...

PEREZ.—Por el contrario... Es muy reservado... Y un rico tipo...

FERNANDEZ.—¿Y dónde dice ese que están?...

PEREZ.—En mi garçoniére... Le llamamos el club, para disimular... pero es mi casa de soltero... Ya la conocerás...

FLOREZ.—Bien... se nos está haciendo tarde... y convendrá que solucionemos esto del duelo...

FERNANDEZ.—Sí mira... Acompáñame hasta la casa de López... Es en la otra cuadra... Te pones de acuerdo con él sobre la hora en que deben ver a los padrinos de Ricardo... Y te dejo libre...

FLOREZ.—Eso es... ¿vamos, Pérez?...

PEREZ.—No; yo no... Qué voy a hacer en lo de López. Te esperaré aquí...

FLOREZ.—¿Aquí? ¿sólo?...

PEREZ.—Sí; así no te demoras...

FLOREZ.—Me parece bien... Será cuestión de diez minutos... Puedes entretenerte leyendo mi informe sobre el caso de la calle Talcahuano... Aquí lo tienes.

PEREZ.—Perfectamente...

FLOREZ.—¿Vamos? Hasta luego... Quedas en tu casa.

FERNANDEZ.—Adiós... Sibarita... corrompido...

PEREZ.—Adiós... esportman... atrofiado... ¡ja... ja!... (*mutis de Florez y Fernández por derecha*).

Perez, luego Clara

CLARA.—(*Pérez queda un momento solo, hojeando los papeles y como leyendo sus párrafos. A poco entra Clara por izquierda. Vestida, con exquisito gusto. Sin darse cuenta de que el que está en la sala no es su marido*). ¿Te parece que me queda bien este vestido?... (*Se mira a un espejo coquetamente. Pérez la observa con sorpresa un momento.*)

PEREZ.—(*Poniéndose de pié*). ¡Le queda a usted encantadoramente!..

CLARA.—¡Eh!... ¡Ah!... Pérez... Discúlpeme... ¡Creí que era Florez!... ¡Qué inconveniencia, Dios mío!... Si estoy loca... Discúlpeme, ¿no?...

PEREZ.—¿Por qué, Clara?... ¿Acaso no puedo yo también opinar sobre su elegancia?...

CLARA.—No es por éso, precisamente... Pero mi pregunta... francamente... ¡ja... ja!... Me imaginé que estuviera Florez solo... ¿Hace mucho tiempo que está usted aquí?...

PEREZ.—No... Apenas un cuarto de hora...

CLARA.—¿Y Florez?

PEREZ.—Salió con un amigo, para volver en seguida... Y yo le aguardaba...

CLARA.—¿De manera que le ha dejado a usted solo?...

PEREZ.—Por lo visto no tanto... ¿Qué mejor compañía podía ofrecerme que la de usted?...

CLARA.—Pero es que esta compañía es puramente ocasional...

PEREZ.—¿Ocasional?...

CLARA.—O casual, si usted quiere... Porque supongo que no le habrá preparado mi marido este encuentro...

PEREZ.—No... Pero me lo he preparado yo mismo... Hace tanto tiempo que busco y espero este momento...

CLARA.—¿Para qué?... ¿Para repetirme lo que tantas veces me ha dicho, inútilmente?



PEREZ.—Aunque más no sea que para eso... Se me ha hecho ya una necesidad el verla, el hablarla, aunque, como usted lo dice, inútilmente... Y ¿qué quiere usted? Busco satisfacer esa necesidad a pesar de su propia inutilidad... El náufrago también grita en la soledad de su abandono, el socorro que nadie le ha de oir... Pero, no deja de ser un consuelo para él, su propio grito perdido...

CLARA.—Está usted poético, hoy...

PEREZ.—Como siempre que la veo a usted, Clara... Creo habérselo dicho ya muchas veces... A pesar de su estado, no obstante mi amistad con Florez, yo la quiero a usted, Clara... por sobre todos los inconvenientes y obstáculos.... Y creo firmemente ser digno de usted...

CLARA.—Por lo que se hace usted indigno de mi marido... de su amistad,

PEREZ.—Tal vez... Si mi actitud entraña una ofensa para él... Pero... ¿acaso no es también él indigno de usted... ¿No lo ha visto usted misma en su abandono, en su frialdad, en su desamor por la mujer que haría la felicidad y la gloria de otro hombre... en otras condiciones?...

CLARA.—Es posible que lo haya visto, por desgracia... Pero ello no puede hacerme faltar a mis deberes...

PEREZ.—¡Y llama usted deberes a los prejuicios!... Cree usted cumplir con una sagrada misión imponiéndose el sacrificio de sus sentimientos, de su juventud, de su belleza, en obsequio de un hombre que no siente esos deberes, ni se impone esos sacrificios... ¡Qué mal denomina usted a su esclavitud y qué mal quiere usted a sus derechos!...

CLARA.—No le negaré a usted que estoy esclavizada..., como dice usted, a mi resignación... pero ¿me puede indicar usted cuáles son esos derechos que yo no quiero?

PEREZ.—Los que en el fondo de su alma usted misma cree sentir, no obstante el disimulo de sus palabras... Los que debe sentir usted a pesar de sus obligaciones, como mujer joven aun, bella, ilustrada, pletórica de vida, de esperanzas y de ilusiones... Los que debe sentir su amor propio herido y humillado por la indiferencia de un hombre que usted ha amado o creido amar cuando su ingenuidad no la había hecho experimentar la verdadera pasión... La pasión que está usted hoy en la plenitud de sentir...

CLARA.—Va usted a concluir por convencerme...

PEREZ.—Así lo espero, desde el momento en que usted medite un instante sobre su situación, ame más la vida, se rebele a los escrúpulos que usted misma se impone y comprenda toda la felicidad de un amor correspondido, pagado, gustado, ¡que usted no ha podido gozar jamás!

CLARA.—¿Y será usted quien me ofrezca toda esa dicha?...

PEREZ.—Yo, que la adoro...

CLARA.—¿A pesar de... mi marido?...

PEREZ.—A pesar de todo...

CLARA.—¿Y de mis hijos?...

PEREZ.—Sus hijos no pueden impedirle a usted sus derechos a la vida... (*aproximándosele*). Sí, Clara... Correspóndame usted... Ameme usted... Solo, libre, joven, yo soy su redención, Clara... ¡Y mi amor, quizáse el único medio que la libre a usted del naufragio total de su vida, a que la ha llevado el matrimonio con un hombre indigno de usted e indigno del sacrificio inmenso que usted le ofrece, gratuítamente!... (*Va a besarla*).

CLARA.—(*Solloza y se deja abrazar*). Con sus palabras no hace usted más que envenenar más mi espíritu...

PEREZ.—¡Yo lo endulzaré con mis besos, Clara!...

FLOREZ.—(*Desde afuera*). Pérez... ¿estás ahí?...

CLARA.—¡Ay!... Florez... (*Huye por la izquierda. Pérez vase a sentar serenamente en donde estaba*).

PEREZ.—¡Aquí estoy, hombre!...

Pérez y Florez

PEREZ.—(*A Florez, que aparece*). ¡Cómo!... ¿Tan pronto?...

FLOREZ.—Sí... no lo encontramos... Y hemos quedado con Fernández en vernos en el Club de Esgrima a las doce... ¿Qué tal?... ¿Qué te parece el informe?...

PEREZ.—¡Admirable!... ¡Muy interesante!...

FLOREZ.—¿Verdad?... Es mi opinión leal y franca... ¿Has leído ese párrafo sobre el determinismo hereditario?...

PEREZ.—Sí; muy original...

Dichos, Clara, Julián y Lola

CLARA.—(*Desde afuera por izquierda*). ¿Se puede?...

FLOREZ.—Adelante. (*Entra Clara seguida de Julián y Lola* (14 *años*).

CLARA.—Buenas noches... ¿Cómo está usted, Pérez?...

PEREZ.—A sus órdenes... señora...

LOLA y JULIAN.—Buenas noches, señor Perez...

PEREZ.—¿Cómo están? (*Saludos con Julián y Lola*).

FLOREZ.—¿Ya se van?...

CLARA.—Ya... Se nos ha hecho tarde... ¿Tú vas a quedar mucho tiempo acá todavía?...

FLOREZ.—No; un momento no más... Nos vamos con Pérez...

CLARA.—Bueno... Hasta luego, entonces...

JULIAN.—Adiós, señor Pérez...

LOLA.—Adiós, señor... Hasta luego, papá...

FLOREZ.—Hasta luego... (*Florez sale primero hasta la puerta, dando la espalda a Pérez*).

CLARA.—Adiós, Pérez... (*Le da la mano que Pérez besa con fruición a espaldas de Florez. Salen por derecha Clara, Lola y Julián*).

Pérez y Flórez

FLOREZ.—(*Pérez queda un instante en el escritorio en la misma posición de antes. Entra Florez*). Quedamos solos... Y ahora... la luz estorba... (*va a la llave del plafonier y apaga éste. La escena queda solamente iluminada por la tenue luz verde de la lámpara que está sobre la mesa*). ¡Oh!... La luz... ¡Qué extraño efecto tiene en mí la luz!... (*Va a la ventana y abre ésta de par en par. Por ella se ve afuera las luces de los edificios*). Y que entre ahora la noche... la noche con todo su misterio... con toda su sombra... ¿Qué lées?... ¿Mi informe?... (*Se acerca por detrás a Pérez. Inmutado totalmente como si sufriera en ese instante una rara metamórfosis del carácter. Leyendo por sobre el hombro de Pérez*). "La noche parece infundirles una nueva vida, como si en el misterio de su sombra se operara en sus organismos una transfusión del sexo. Son, entonces mujeres, como en el día han sido hombres". (*Toma la cabeza de Pérez entre sus dos manos, acerca su boca a la de aquél, con la intención de besarlo. Entre tanto cae el TELON*).

ACTO SEGUNDO

Sala de una garçoniere elegante. Puerta al foro derecha. A la izquierda, especie de apartement, con un piano, divanes, confidentes, etc. En la lateral izquierda puerta que se supone conduce a un dormitorio. En la sala, lujoso juego de sillas tapizadas, gran consola con espejo y útiles de belleza, rizadores, polveras, pinturas, etc. Todo el aspecto de la sala debe ser el de un camarín de artista de buen tono. El alumbrado, fuera del plafonier, debe ser compuesto por brazos eléctricos con lámparas de colores, azules, rojas, etc. Es de noche.

Emilio, Princesa y Juanita

(*Al levantarse el telón, aparecerá Juanita, un jovenzuelo de 20 años, de bello rostro y rasgados ojos, sentado al piano, ejecutando un tango. En escena*



Emilio, tipo de sinvergüenza elegante y Princesa de Borbón, otro invertido bailando la danza con extremados movimientos. Pausa larga. La Princesa viste de mujer elegantemente, afectando todos los movimientos femeninos.)

PRINCESA.—(*Con exajerada voz femenina*). No, che... así no me gusta. Vos lo bailás muy a lo negro, che... más elegante, más fino... (*al que toca*). ¡Che, Juanita... Tocálo más lentamente!... (*Así dan algunas vueltas*).

EMILIO.—¿Así, te gusta?...

PRINCESA.—¡Ay!... Así, así concibo yo el tango... Lentamente, voluptuosamente... más voluptuoso, cuanto más lento... Y el corte delicado, sutil, apenas insinuado... No esas compadradas brutales de los malevos... ¿Y a vos, che, Juanita?...

JUANITA.—(*Saliendo del piano*). Para mí es lo mismo... Eso depende del hombre con quien lo baile... ¿No te parece, Emilio?... El tango es el hombre, dirían los romanos si hubieran sabido bailar el tango... ¿No es verdad?...

EMILIO.—Tenés razón... Pero éste, delicada flor de invernáculo, prefiere lo suave a lo vehemente, lo sutil, a lo instintivo... Vos, en cambio...

JUANITA.—Yo, en cambio, estoy por lo verdaderamente varonil... lo violento, lo expresivo, hasta lo grosero... ¡Ay!... ¡Quién hubiera nacido hombre!

PRINCESA.—¡Ay!... ¡Quién hubiera nacido mujer! decí mejor...

EMILIO.—No se quejen... que no tienen razón... Al fin y al cabo mejor que ser hombre ó mujer solamente, es ser las dos cosas a la vez, y ustedes no se pueden quejar...

PRINCESA.—Qué Emilio éste...(*abrazándolo*). Mi maridito... Emilio...

JUANITA.—Avisá, che... Este es mío... ¿qué te has creído?... (*lo abraza*).

EMILIO.—Vamos, vamos... déjense de pavadas... porque me parece que estamos perdiendo el tiempo aquí... Son las nueve y Pérez sin llegar... Y yo tengo un hambre...

JUANITA.—¿Y yo?...

PRINCESA.—¿Por qué no le preguntamos a Benito? El debe saber a donde ha ido su patrón...

EMILIO.—Eso es; llámenlo...

JUANITA.—Che... Benito... Benito... Vení un momento...

Dichos y Benito

BENITO.—(*Aparece por foro*). ¿Qué les pasa?

JUANITA.—Decinos. ¿Vos no sabés dónde estará Pérez?...

BENITO.—A mí no me dice nunca donde va... ni yo se lo pregunto tampoco...

PRINCESA.—Pero ¿no sabés si vendrá o no?... Hace más de una hora que lo estamos esperando...

BENITO.—Yo no sé... Si no lo saben ustedes...

EMILIO.—¡Vamos! ¡vamos!... ¿Qué manera de contestar es esa?... Contesta a lo que te preguntan de buenas maneras y te callas la boca en lo que no te importa...

BENITO.—¡Epla!... ¡Supongo que ahora no se creerá usted también mi patrón!...

EMILIO.—Yo no soy tu patrón... pero puedo hacer que tu patrón sepa darte el castigo que merecés... Y basta... Vamor a ver... ¿a dónde ha ido Pérez?

BENITO.—¿No le digo que no sé?...

JUANITA.—¿No sabés si anda con Florez?...

BENITO.—Con él anda todos los días...

EMILIO.—¡Ah!... Entonces ya sé dónde está... Debe haber ido al duelo de Fernández...

PRINCESA.—¿Era testigo él?...

EMILIO.—No... Pero habrá ido de mirón... Florez es uno de los padrinos... (*a Benito*). Andá no más... ya no te precisamos... (*Benito sale*). Tipo más insolente éste...

JUANITA.—Como Perez le ha dado tanta banca, haciéndolo su confidente... se ha puesto inaguantable...

PRINCESA.—¿Pero entonces se baten no más Ricardo y Fernández?

EMILIO.—Sí. La cosa va de veras... Deben batirse mañana en La Plata... Y, precisamente, deben irse esta noche en el tren de diez...

JUANITA.—Entonces, con razón no llega Pérez... Irá él también...

EMILIO.—Es lo más probable...

PRINCESA.—Pues, entonces, no hay más que una solución.

JUANITA.—¿Cuál?...

PRINCESA.—Irnos a la estación y traérnoslo a Pérez...

JUANITA.—No; para eso nos vamos a la Policía y denunciamos el duelo... Y así matamos dos pájaros de un tiro... evitar el lance y hacer quedar a los muchachos...

EMILIO.—Tres pájaros... Porque con ellos tenemos programa esta noche.

JUANITA.—¡Magnífico!... Vamos entonces... Que no hay tiempo que perder...

PRINCESA.—Che... ¿No te parece que me haga la toilet y les demos una sorpresa?...

EMILIO.—No hombre, no... Dejate de locuras... Hay que ser prudente... Además tenemos el tiempo muy contado... Iremos en auto... (*a Juanita*). Mandalo vos a Benito que traiga un taxi...

JUANITA.—Che, Benito... Llámanos un taxi...

PRINCESA.—Mientras llega el coche me voy a arreglar un poco (*vase al espejo y empieza a pintarse los ojos, labios, etc.*).

JUANITA.—Y yo voy a hacer lo mismo... Con el bailoteo me he despintado toda... (*viéndose frente al espejo*). ¡Ja... ja!... ¡che!... ¡que ridículo!... ¡Fijate!... Parezco una de esas chinas endomingadas... se me ha chorreado todo el carmín...

PRINCESA.—No te vas a exajerar el maquillaje... Porque ya sabés que a Florez no le gusta eso...

JUANITA.—¡Bah! Y a mí qué me importa de Florez... El hombre serio... ¡Hipócrita!... No hace más que andar disimulando con su aspecto de sabio en conserva una cosa que todo el mundo sabe... ¡Rico tipo el Florez ese!... ¡Yo, ya hace tiempo que "tiré la chancleta"!...

EMILIO.—Pero tiene razón, hombre... Es un individuo de posición social, de vinculaciones, casado, con hijos... ¿Qué querés?... ¿que ande como vos por la plaza Mazzini o los kioscos de la calle Callao, buscando aventuras?...

JUANITA.—Che... che... Ya te pasaste... Yo no ando por la plaza Mazzini...

PRINCESA.—Tiene razón Juanita... Se es o no se es... Para que tanta hipocresía... Yo también he "tirado la chancleta".

JUANITA.—¡Personaje social! ¡Bah!... ¿Y Nerón? ¿No era emperador y salía de noche a buscar hombres por la Vía Apia?... (*Transición*). A mí me gustaría eso, che... qué querés... ¡Qué tiempos aquellos! ¡Quién fuera Heliogábalo, que entró triunfalmente en Roma montado en un enorme falo de mármol negro... así, che... Así... como un cilindro de yerba...

PRINCESA.—¡Ja!... ¡ja!... ¡Qué Juanita ésta... más corrompida!...

JUANITA.—¿Y vos?... ¡Flaca descalabrada!...



Dichos y Benito

BENITO.—(*Por foro*). Ahí está el auto...

EMILIO.—Bueno, vamos, muchachos... ¡Pero con orden, eh!... No sea el diablo que nos lleven presos...

JUANITA.—Vamos...

PRINCESA.—Del brazo... Como las grisettes de París (*se toma del brazo de Emilio y salen cantando una canzoneta*). Hasta luego, Benito.

JUANITA.—¡Ah!, che... Si llegara a venir Pérez decíle que hemos estado nosotros... Y que volveremos... Chao (*mutis foro*).

BENITO.—(*Solo. Viéndoles irse*). ¡Pedazos de maricones!... ¡Y vean cómo me dejan esto!... (*Se pone a arreglar los muebles de la sala. Cierra el piano y finalmente apaga la luz del plafonier. Cuando va a salir por foro entra Pérez*).

Benito y Pérez

PEREZ.—(*Entrando*). Benito...

BENITO.—¡Señor!...

PEREZ.—¿Estás solo?...

BENITO.—Sí; señor...

PEREZ.—¿Quiénes eran esos que acaban de salir en automóvil?

BENITO.—Ese amigo suyo, don Emilio; otró que le llaman la Juanita y el otro... Estuvieron esperándolo y como no venía se fueron...

PEREZ.—¿No sabes si volverán?...

BENITO.—Sí; dijeron que iban a volver más tarde y que le avisara a usted...

PEREZ.—Bueno; mira... Yo voy a hacer entrar a una dama aquí ahora. ¿Entiendes?...

BENITO.—Sí, señor...

PEREZ.—Bien; es necesario que no te vea, para lo cual no debes aparecer para nada por aquí... Y si vienen esos que acaban de irse o cualquier otro... les dices que yo no estoy y que no tienes orden de dejarlos pasar... Cierra la puerta...

BENITO.—Es que tienen llave...

PEREZ.—¿Quién tiene llave?...

BENITO.—El señor Florez tiene... ese otro señor Emilio también...

PEREZ.—Es verdad... Bueno... Florez no vendrá porque ha ido a La Plata y en cuanto a Emilio, no me lo dejas entrar... Ya sabes... No estoy para nadie... ¡Ah!... Diles no más que me he ido a La Plata también con Florez...

BENITO.—Muy bien, señor... (*Suena un timbre*).

PEREZ.—¿Llaman?...

BENITO.—Sí, señor...

PEREZ.—A ver... (*Sale afuera y entra*). Ahí está... Bueno, vete al fondo... Conforme entre, cierras la puerta... Vamos, hombre... apúrate... (*Salen por foro*).

Pérez y Clara

(*Aparece a poco Pérez por foro seguido de Clara. Esta entra casi totalmente oculta la cara por la capa. Pasa con temor y desconfianza. Pérez la trae de la mano.*)

PEREZ.—Aquí no hay temor... Estamos absolutamente solos... (*Cierra la puerta*).

CLARA.—¿No hay sirvientes, ninguna otra gente que pueda?...

PEREZ.—Nadie absolutamente, mi bien... Tengo un solo criado y a ese lo he licenciado por hoy... Pero descúbrase... descanse... (*La ayuda a quitarse la capa y el sombrero. Clara observa con recelo los detalles de la escena*). Aquí ya no debe haber otro misterio que el de nuestro amor... (*Se sienta a*



su lado y le toma las manos que besa con pasión). Estás agitada, trémula...

CLARA.—Sí... siento no sé qué extraño escalofrío... Y he sufrido más en el segundo que tardé en transponer el umbral de la puerta que en toda la lucha de ideas y de dudas que sostuve por el camino...

PEREZ.—¡Pobre amor mío!... Lo creo... Y no hay duda que por mi espíritu mismo, más libre, más acostumbrado a su propia voluntad que el tuyo, pasa algo parecido... una especie de vaga ansiedad.

CLARA.—El pecado es cobarde...

PEREZ.—No; no hay pecado donde hay amor, Clara... Dí más bien que es el momento, este instante de suprema felicidad tanto tiempo esperado, anhelado, entre la duda y el miedo... Dí, dime que me quieres mucho, con toda tu almita, virgen todavía de un sentimiento verdaderamente hondo, y profundamente sincero...

CLARA.—Sí, Pérez... Se lo he dicho ya... El hecho mismo de arrostrar este momento se lo puede confirmar... Pero tengo miedo... no estoy tranquila...

PEREZ.—Pero, ¿de qué?... ¿Dudas de la verdad de mi cariño, de la sinceridad de mi ternura?...

CLARA.—No... no dudo... Pero, no sé... soy tan cobarde... Me parece que va a entrar Florez, por ahí... que me miran mis hijos, que todo el mundo me ha visto llamar a la puerta y entrar en esta casa, rara, sí, porque la encuentro rara, con todas esas cosas tan femeninas... En verdad, Pérez, dígamelo... ¿qué es esto?...

PEREZ.—Es mi casa, Clara... Mi garçoniere, como dicen los franceses... Aquí no entra nadie más que yo, y todo eso que te parece tan femenino no es más que el refinamiento con que me gusta vivir, haciéndome la ilusión de que, solo y triste, hay en esta casa de soltero, un espíritu femenino, delicado y culto, como el tuyo, que todo lo ordena, lo dispone y lo rige...

CLARA.—¿Pero... aquí vienen otras mujeres?...

PEREZ.—¿Mujeres?... No, mi bien... absolutamente nadie y ésta es la primera vez que ese espíritu que la gobierna se encarna en tu cuerpo, admirable, de belleza y de amor...

CLARA.—Gracias, Pérez... Pero... qué extraño... qué miedo tengo...

PEREZ.—Es la agitación... No tengas cuidado... Vas a reanimarte con una copita de Chartreuse... ¿o prefieres Champagne?...

CLARA.—No... Chartreuse no más...

PEREZ.—Bien. (*Vase al foro izquierda y saca de una mesita que habrá allí unn botella de Chartreuse del que servirá dos copas. Entre tanto Clara se paseará por la sala examinando los muebles. En la consola observará los lápices de pintura y demás chucherías que usaron Juanita y Princesa, con evidente inquietud*).

CLARA.—¡Qué raro!...

PEREZ.—Toma... esto te hará bien; te reanimará un poco... Ven... aquí... los dos juntos... Ya tendrás ocasión de familiarizarte con esta casa que encuentras tan extraña, porque es la primera vez que la visitas... Pero vendrás, vendrás otras veces, ¿verdad?...

CLARA.—(*Para tomar a copa se ha quitado los guantes que deja sobre la mesita. Devolviendo la copa*). Gracias... Sí, tal vez...

PEREZ.—¿Te sientes mejor?...

CLARA.—Sí... reanima algo esto...

PEREZ.—Más te reanimarás todavía al calor de mis ternuras... ¿verdad?... ¿Ya no sientes miedo?...

CLARA.—Discúlpeme, Pérez... pero... Florez ¿viene también a esta casa?...

PEREZ.—Sí... algunas veces a buscarme... ¿Pero a qué recordar a Florez?



CLARA.—¡Como nunca me ha dicho nada de esto!...

PEREZ.—Es tan poco confidencial contigo, Florez...

CLARA.—Y esta noche... ¿no vendrá?...

PEREZ.—No... Cómo va a venir... Si está en La Plata... El duelo tendrá lugar mañana en las primeras horas... y además, aunque no estuviera allí a mi casa sólo viene conmigo... Por eso he aprovechado este día para citarte aquí... Por mi parte he hecho creer a todo el mundo en un viaje... de manera que jamás se podrá sospechar de nada... No temas, mi bien... olvídate por un momento de todo y ten en cuenta que sólo estás con el hombre que te quiere con toda su alma y en el momento mismo en que con él vas a entregarte por completo a la dicha del amor y del placer, que, acaso, es la única razón de vivir la vida... Descúbrete Clarita... (*La empieza a desnudar mientras la cubre de besos*). Así, así...

CLARA.—¡Pérez... por favor!

PEREZ.—Todavía, todavía recelas. (*Poniéndose de pie y yendo a la llave de las lámparas de colores*). Es la luz, la luz perversa y acusadora... (*Da vuelta la llave, con lo que se apaga el plafonier y se encienden las de colores quedando la sala iluminada extrañamente*).

CLARA.—¿Qué es eso?...

PEREZ.—Es la luz del amor... la luz buena que no denuncia y que no acusa... la luz del placer... Y ahora, mi bien, a mis brazos... a la dicha. (*Confunde su boca con la de Clara, cuando el rumor de una discusión se oye afuera por parte del foro. Clara salta sorprendida*).

CLARA.—¡Eh!... ¡Qué es eso!... (*La discusión arrecia*).

PEREZ.—(*Confuso*). No sé... no sé... francamente... tal vez el sirviente... (*Observa por la puerta sin abrirla. Se oye más clara la discusión, como si pretendieran entrar*).

CLARA.—(*Con energía*). ¡Pérez!... ¿A dónde me ha traído usted?... ¿Qué casa es ésta?... ¿Qué discusión es esa?...

PEREZ.—No sé, Clara... No me explico... Iré a ver...

CLARA.—No... Antes ocúlteme usted... Usted me ha engañado... (*Se oyen golpes y voces en la puerta*). ¡Ligero, por Dios!... ¡Pronto!...

PEREZ.—(*Duda un momento*). Sí... venga usted, Clara... Y perdóneme... ¡Quién sabe!... Por aquí, por aquí... (*La conduce por izquierda*).

CLARA.—Mi sombrero y mi capa...

PEREZ.—Aquí... Aquí están. (*Clara entra por la puerta de izquierda, que cierra detrás de sí. Pérez queda confundido en la escena, cuando entran a ella Juanita, Emilio, La Princesa y Benito discutiendo*).

Pérez, Benito, Juanita, Emilio y La Princesa

BENITO.—Les digo que no está el patrón...

EMILIO.—Es lo mismo... pedazo de bruto, ¿o no entendés?... ¡Qué rico tipo!... (*Al ver a Pérez*). ¡Hola!... No ven, muchachos... Aquí está el hombre...

TODOS.—Hola, Pérez... (*Etcétera*).

PEREZ.—¿Qué es eso?... ¿Qué escándalo es ese?...

EMILIO.—Nada, hombre... Sino que este pedazo de animal, que cada día está más bruto, no nos quería dejar entrar...

BENITO.—Como el señor me ordenó...

PEREZ.—Bueno, basta... Vete al fondo no más... (*Mutis de Benito*).

JUANITA.—¡Ah! Pillo, ¿con que vos le habías ordenado?...

PEREZ.—Sí, yo se lo ordené, porque no tenía deseos de recibir a nadie hoy... Y ustedes bien podían haber tenido la prudencia de no entrar...

EMILIO.—¡Hombre! Si nos hubiera dicho la verdad no habríamos tenido inconveniente, no prudencia... Pero el imbécil ese nos dijo que no estabas, y como veníamos a esperarte...

PEREZ.—¿Y no les dijo que yo estaba en La Plata?...

JUANITA.—Sí... pero como el duelo no se efectúa y nos hemos visto con los demás sabíamos que tu viaje era un cuento...

PEREZ.—¡Eh!... ¿No se efectúa el duelo?...

PRINCESA.—No; nosotros lo hemos impedido...

PEREZ.—¿Pero y éste?... ¿qué viene a hacer éste aquí y así?...

EMILIO.—¡Hombre! ¿Te extraña?... ¡Pues está rico esto!... ¿Será la primera vez que viene así?...

PRINCESA.—¡Jesús! ¿qué ocurrencia?... Antiguos camaradas de colegio... ¿No te acuerdas cuando estábamos en el internado?...

PEREZ.—Bueno, hombre, basta, basta... La culpa la tengo yo... ¿Y se puede saber a qué vienen?...

EMILIO.—¿Pero qué es eso, Pérez? ¿Qué te pasa?... ¿Acaso no venimos todas las noches?... ¡Hombre, te encuentro raro hoy!...

PEREZ.—Sí... sí... estoy con dolor de cabeza... y quiero acostarme... Hagan el favor... váyanse... mañana nos veremos...

PRINCESA.—¿Qué nos vayamos?... ¿Por qué?... Te acompañaremos, no faltaba más... Ahora vendrá Florez también... Y él te curará...

PEREZ.—¿Te quieres callar, imbécil?...

PRINCESA.—¡Eh!...

PEREZ.—(*Un instante*). ¿Dicen ustedes que vendrá Florez?...

EMILIO.—Sí... ha ido hasta la comisaría con Fernández... Pero vendrá en seguida... ¿Por qué? ¿También te parece raro que venga?...

PEREZ.—No sé... Pero háganme el favor: váyanse, váyanse... porque de lo contrario los haré irse yo...

EMILIO.—No te enojes, hombre... Si no es para tanto... pero, verdaderamente, aquí hay algo de extraño...

JUANITA.—Claro... Aquí hay gato encerrado... ¿No ven?... ¿no se han fijado?... La luz verde... Nuestra luz...

EMILIO.—¡Acabáramos!... Con razón, tu afán por echarnos... ¿Tienes alguna bolada?...

PEREZ.—¿Pero no entienden?... ¿No les he dicho que se vayan?... ¡Cómo quieren que se lo diga!...

PRINCESA.—¡Adiós, mi plata!... Con que tenemos infidelidades, ¿eh?... Ya verás cuando lo sepa Florez...

PEREZ.—¡Pero te quieres callar, pedazo de estúpido! (*Vase sobre él*).

PRINCESA.—Pero, che... ¡Estás loco!... ¿Me vas a pegar ahora?...

JUANITA.—(*Encontrando los guantes*). ¡Aquí está!... Aquí está el cuerpo del delito... ¡Y son de mujer!...

EMILIO.—¿A ver?... ¡Claro!... ¡Mujer!... Ahora me explico...

PEREZ.—Dame eso... dame eso, o no respondo de mí... Y váyanse... váyanse... o los echo a patadas de aquí... Háganme el favor...

PRINCESA.—No... no... primero tenemos que conocer a la dama... ¡que salga... que salga la dama!...

JUANITA.—(*Coreando*). Sí; ¡que salga! ¡que salga!...

PEREZ.—Váyanse... les digo... váyanse... (*Llamando*). Benito... Benito...

EMILIO.—Bueno, hombre... bueno... nos iremos. Vamos, muchachos... Dejémoslo solo al hombre con su prenda...

BENITO.—(*Entrando*). Señor...

PEREZ.—Acompaña a esos... señores a la calle...

PRINCESA.—¿También eso?... Nos haces echar... Ya verás... Ya verás... Se lo contaré todo a...

PEREZ.—¡Pts!... ¡Basta, basta, basta!... ¡Váyanse!...



Dichos, Florez y Fernández

FLOREZ.—(*Entrando seguido de Fernández*). Buenas noches... ¿De tenida?...

JUANITA.—(*Provocativo*). Aquí está Florez... Ahora... échanos a todos...

FERNANDEZ.—¿Qué es eso?... ¿Hay cuestión hoy?...

EMILIO.—No, nada... sino que Pérez no está esta noche de humor para recibir visitas... y galantemente nos pide que lo dejemos solo...

PRINCESA.—Sí; galantemente... a patadas...

FLOREZ.—(*A Pérez*). ¿Sí? ¿Estás descompuesto?...

PEREZ.—Sí... un poco de dolor de cabeza... Me iba a acostar... y les pedía que me dejaran solo... Y no entienden... no entienden...

FLOREZ.—Tienen razón... ¿Cómo te van a dejar solo, enfermo?... Ahora te acompañaré yo... No se ha podido realizar el duelo y tengo toda la noche disponible... En casa me creen en La Plata...

PEREZ.—Muchas gracias, Carlos... pero quiero estar solo... necesito estarlo...

JUANITA.—Mejor acompañado dirás... aquí está la prueba... ¡Un par de guantes de mujer!...

FLOREZ.—¡Eh!...

JUANITA.—Sí... tiene una dama encerrada y le estorbamos...

FLOREZ.—¿Una dama?... ¿Verdad, Pérez?...

PEREZ.—Sí... es verdad... ya que lo exigen, pero váyanse... Háganme el favor... Estoy en mi casa... (*Florez queda un momento confundido. Luego parece reaccionar, cuando le acosan Juanita y La Princesa, mostrándole la luz y los guantes*).

JUANITA.—(*Intrigante*). ¿No ve, Florez, no ve?... Hemos encontrado estos guantes aquí, y a él encerrado...

PRINCESA.—Y con la luz de colores, encendida... En pleno idilio...

FERNANDEZ.—¡Che, pero es verdad!...

PEREZ.—(*Le habla al oído a Fernández y éste hace un gesto de comprensión*). Sí... es verdad... Compréndanme...

FLOREZ.—(*Trémulo de celos*). ¿Y no se puede ver a... esa... señora?

PEREZ.—No...

FERNANDEZ.—Vamos, Florez, vamos... Quiere estar solo... Mientras medien mujeres en estas cosas estamos de más...

FLOREZ.—Perfectamente... Vamos... (*Hace un gesto de terrible lucha interior y sale precipitadamente seguido de Fernández*).

PRINCESA.—Adiós, infiel... ¡adúltero!...

JUANITA.—Cómo me encantan estas escenas de celos... vamos, Luisita. (*Salen del brazo*).

PEREZ.—(*Furioso a Benito*). ¡Pedazo de imbécil!... Vete... ¡cierra la puerta... cretino!... (*Vase Benito por foro*).

Pérez, luego Clara

PEREZ.—(*Por un momento queda como anonadado por el conflicto. Luego reacciona. Va hasta la puerta. Se cerciora de que los otros han salido y corre a la izquierda*). Clara... Clara...

CLARA.—¿Se han ido ya?...

PEREZ.—Sí... perdóneme... una imprudencia del sirviente...

CLARA.—¡Basta!... No necesita explicaciones... ¡Es usted un canalla!

PEREZ.—Pero, Clara...

CLARA.—Basta le he dicho... ¿Por quién me ha tomado usted? degenerado... He oído todo... he visto todo... ¡Puerco!...

PEREZ.—Clara... voy a explicarle...

CLARA.—No necesito... Déjeme usted pasar...

PEREZ.—Puede verla Florez...
CLARA.—¡No me importa!... ¡Déjeme salir!...
PEREZ.—Pero escúcheme, Clara... No he podido impedir...
CLARA.—¡Déjeme paso le he dicho!... ¡Asqueroso!... (*Le pega una bofetada y sale precipitadamente por foro, casi sollozando. Pérez queda como petrificado por la sorpresa*).

TELON.

ACTO TERCERO

(La misma decoración del acto primero)

Clara y Petrona

(*Clara, sola, junto al escritorio revisa, de pie, una carpeta de papeles. A poco aparece Petrona trayendo una bandeja con una taza de té.*)

PETRONA.—Aquí lo tiene... calentito. (*Revuelve con la cucharilla y prueba*). Está bien dulce, como le gusta...

CLARA.—Déjalo ahí... (*Sin mirarla*).

PETRONA.—¡Ay! fíjese... ¡Jesús!... (*Recogiendo algunos papeles que han caído*). Y luego que el señor no se enoje... (*Clara se deja caer negligentemente, como preocupada, sobre el sofá*). Se le enfría... (*Acercándole el té*).

CLARA.—Llevátelo.

PETRONA.—¿Qué?... ¿No lo toma áura?...

CLARA.—Ya se me ha pasado la gana...

PETRONA.—¡Vaya!... ta güeno... Pa qué irá a hacérmelo hacer entonces... (*En actitud de marcharse*).

CLARA.—Espérate... Quiero preguntarte algo.

PETRONA.—Y diga...

CLARA.—Pero has de ser franca, completamente franca conmigo...

PETRONA.—Me parece que siempre lo he sido. En eso no va a desconfiar de mí, creo. (*Deja el té sobre la mesa, como disponiéndose a escuchar*). Y diga, pues. Vamos a ver.

CLARA.—No sabría explicarme bien... Tal vez sean aprensiones mías... No sé; pero tengo una duda que me trae intranquila. Y sobre eso quería interrogarte. Tú conoces a Carlos tanto como yo, más que yo tal vez: lo has tratado desde niño...

PETRONA.—¡Que si lo conoceré!... Desde asisito... (*Ademán*). Lo tengo más estudiao que la cartilla... ¿Y eso a qué viene?

CLARA.—Dime: ¿tú no has notado nada raro en él en los últimos tiempos?... ¿ningún cambio?... En el carácter, por ejemplo...

PETRONA.—De raro, nada... Al menos que yo sepa...

CLARA.—Antes... Antes no sería así, ¿no?... Claro...

PETRONA.—¿Así, cómo?

CLARA.—Digo... tan raro... A veces tan extraño...

PETRONA.—Natural... Antes, antes no, claro.

CLARA.—Cuando mozo, ¿verdad?...

PETRONA.—Ni cuando mozo ni cuando chico. Pero no es de ahora que está cambiado... Ha ido cambiando con la vida, como cambiamos todos... Como usted, como yo, ¡bah!... Serio, sí, siempre lo ha sido.

CLARA.—¿Tú recuerdas de él cuando muchacho?...

PETRONA.—¡Como pa no recordar! Esas cosas no se olvidan... Y cuanti más que yo, puede decirse, lo crié, usté sabe... Sabía ser una monada por lo cariñoso y correto... La finada, que Dios tenga en su santa gloria, tenía una adoración ciega por él... Y lo mismo cuando mozo: lo más serio, lo más atento era. A mí entonces me sabía querer mucho. Y hasta me respetaba, pa qué voy a decir...



CLARA.—¿Qué vicios tenía cuando muchacho?...

PETRONA.—¿Vicios?... ¡Ah, malhaya! ¡Ojalá y que todos fueran como él!...

CLARA.—Digo... vicios de jóvenes... En fin: gastador, paseandero... mujeriego... esas pavadas.

PETRONA.—Qué esperanza... ¡De adónde! Al contrario, si a la edá en que los mocitos de hoy en día ya están cansados del café y de las carreras—es un decir,— o de andar atrás de las malas mujeres... ¡qué! si es pa jurar que él todavía sabía rezar el "Dios te salve" antes del acostarse... Tranquila podía estar su mama con las sirvientas... no había cuidáo. ¡La única novia que le conocimos fué usté! Y eso...

CLARA.—¿Eso qué?... Habla sin miedo...

PETRONA.—Y... nada. Usté lo sabe mejor que yo, todo lo que hizo la finada pa resolverlo. Que no era él de esos que hoy en día en cualquier esquina no más le toman la palabra a una muchacha. Con decirle, pa que vea cómo era, que en la casa le sabíamos decir que su único vicio era su amigo Pérez...

CLARA.—Ya eran amigos, ¿verdad?... ¿Tú sabes cómo se conocieron?

PETRONA.—¡Y... cómo iba a ser!... En la calle, en la escuela; no sé; cómo se conocen los muchachos. Sabían ser amigos en los pupilos y, natural, como lo pasaban siempre juntos, se hicieron tan íntimos. El Pérez ese sí que era el demonio: peliador, bochinchero, sinvergonzote... de todo, perdonando la palabra. La finada no podía verlo por lo diablo. Pa ella, decir "áhi viene Pérez", era decir "viene mandinga". Sabía curarlo con agua bendita cuando lo véia.

CLARA.—Y cuando salieron de pupilos, claro, seguirían amigos...

PETRONA.—Uf, como hermanos. La casa del uno era la del otro. Estudiaban juntos, pasiaban juntos, comían juntos casi siempre y muchas veces hasta dormían juntos... Ya le digo, como hermanos verdaderos. Pero yo, perdonando el agravio, nunca lo pude pasar al otro, usté lo sabe.

CLARA.—Sí... y a eso quería ir. Eso quería preguntarte. Ya me había dado cuenta yo hace mucho que tú pareces no querer a Pérez. Tendrás tus motivos...

PETRONA.—Motivos... en fin, no sabría decir. Yo no sé si lo tomé entre ojos porque siempre me pareció que al fin lo echaría a perder al niño...

CLARA.—Pérez era un vicioso, ¿no?... Francamente...

PETRONA.—Yo, francamente, vicios no le he conocido, pa qué decir... Pero los tendría no más, porque era capaz de todo. Déase cuenta: a los diez años, ya sabía fumar; a los once, se escapaba del colegio; a los doce, tocaba la guitarra; a los trece, lo echaron de pupilo por no sé qué "moralidad"; a los catorce andaba por los bailecitos ya; y a los quince, a la criada de la casa le vino un hijo...

CLARA.—¡Ave María!

PETRONA.—La verdad, señora. ¡A los quince, déase cuenta!

CLARA.—Pero... vicios malos, decía yo...

PETRONA.—¿Cómo malos?... ¿Y eso le parece bueno, entonces?

CLARA.—Claro que no... Pero otros vicios, pregunto... ¿No dicen que hay no sé qué enfermedades, o costumbres, o vicios... no sé, entre hombres?... A eso me refería...

PETRONA.—¡Ah!... yo de eso no sé nada... Salvo que se refiera a...

CLARA.—(*Rápidamente*). ¿A qué? habla...

PETRONA.—Al primo de él... uno que le llamaban Lilí, que, según las malas lenguas, le gustaban más los hombres que las mujeres...

CLARA.—¡Ah!... ¿Tenía un primo así?...

PETRONA.—Sí, así era... y más asqueroso...

CLARA.—¿Y él... y Carlos... era... así también, afeminado, cuando chico?...



PETRONA.—¡Cómo!...

CLARA.—¿Así... que le gustaba las cosas de las mujeres?...

PETRONA.—Eso sí, pa qué negar... Siempre andaba con muñecas, trapitos y chucherías de las niñas... Güeno: también jué criao por las hermanas y las tías, muy mimoso y pollerengo... Después en el colegio, pareció componerse... y con ese amigo Pérez, se fué olvidando de todo... pero vicios, en fin, porquerías, yo no le he conocido... (*Se oye voces de Julián y Lola afuera*).

CLARA.—Bueno... basta... nada más...

PETRONA.—¿Por qué me hacía esas preguntas?... Hace unos días que todos me averiguan lo mismo...

CLARA.—¡Cómo, todos!... ¿Quién te ha averiguado?...

PETRONA.—El niño Julián me preguntó los otros días.

CLARA.—¡Eh! ¿El niño Julián?... ¿Has visto tú algo en el niño Julián que te parezca sospechoso?...

PETRONA.—¿Yo? no... Dios me libre... El es muy hombresito... pero me preguntó cuando estaba escrebiendo ese discurso del padre...

CLARA.—(*Suspirando*). ¡Ah!... Por curiosidad sin duda... por curiosidad... ¡Dios mío!... Bueno; vete... Lleva eso no más... (*Petrona hace mutis por izquierda*). ¡Que no pueda una confiarse a nadie, Señor!... ¡Qué asco!... ¡Qué vergüenza!... (*Aparecen por derecha Lola y Julián*).

Clara, Lola y Julián

LOLA.—(*Se dirige hacia Clara y la besa. Julián se saca el sobretodo y lo deja, con el sombrero y la vara, en la percha*). ¿Tardamos?...

CLARA.—No, hija mía... ¿Les ha ido bien?...

LOLA.—Lo más bien, mamita... (*Se sienta a su lado*). Nos hemos divertido en grande.

JULIAN.—¡Ah!, sí... mucho. Yo, sobre todo.

LOLA.—Claro... Tú...

CLARA.—¿Qué?...

LOLA.—¡Cómo iba a divertirse! Si creo que no se ha dado cuenta de nada... Figúrate, mamá... ¡qué papelón! ¡Ay! yo estaba sofocada...: pico a pico, sin separarse un minuto, con la pavota esa de Cándida...

CLARA.—¿Ah, sí?...

LOLA.—¡Los vieras!... Bueno... por algo se llama Cándida... aunque el cándido viene a ser él en este caso...

JULIAN.—Ya lo oyes, mamá... ¡No! si chismosa no es...

LOLA.—¿Chismosa?... Bah, che... La que dice la verdad no miente... ¡Y por linda que es, al fin!

CLARA.—¿De modo que te has enamorado?...

JULIAN.—No, mamá... No estoy loco.

CLARA.—¿Loco?... ¿Y tú crees que enamorarse es estar loco?...

LOLA.—Tonto... Enamorarse no es estar loco... Es estar... comó estás tú. ¡Ah! mamá... Y abuelita lo ha notado, te prevengo...

JULIAN.—No. A abuelita se lo has hecho notar tú.

LOLA.—Bueno... pero lo notó después. Ya te hablará ella (*a Clara*). Estaba lo más escandalizada...

CLARA.—¿Con que esas tenemos?... Bien... Yo arreglaré todo... Ahora hablaremos... (*A Lola*). Y tú, a dormir, que has de madrugar para acompañarme a misa.

LOLA.—Mamá... si son las nueve apenas...

CLARA.—Vete. Tengo que hablar con tu hermano.

LOLA.—Hasta mañana. (*Le presenta la frente*).

CLARA.—Hasta mañana, hija. (*La besa*). Dios te guíe.

JULIAN.—Y no sueñes mucho... (*A Lola cuando va a marcharse*).

LOLA.—No... si sueño con ella, va a ser pesadilla... (*Mutis*).

JULIAN.—¿Tienes que hablarme, dices?

CLARA.—Sí... quiero preguntarte algo. Siéntate aquí, a mi lado.

JULIAN.—Vamos a ver... (*Pausa breve*).

CLARA.—(*Con alguna vacilación al principio*). Tú eres ya un hombrecito...

JULIAN.—Vaya... al parecer.

CLARA.—Quiero hablarte seriamente, te advierto.

JULIAN.—Sí, mamá. Habla.

CLARA.—Ante todo, tienes que sacarme de una curiosidad: ¿qué informe es ese que has estado copiando estos días para tu padre?

JULIAN.—¿Por qué me lo preguntas?

CLARA.—Una curiosidad mía. ¿Qué informe es?

JULIAN.—Es un estudio médico legal para un proceso... En fin, cosas de papá.

CLARA.—Sí... pero, ¿de qué trata?

JULIAN.—Y de eso: de medicina legal. Se refiere a un crimen. Pero, ¿por qué te interesa?

CLARA.—Es un trabajo inmoral, ¿no es así?...

JULIAN.—Inmoral... es decir... científico, en todo caso. Un trabajo científico como cualquier otro. No veo que tenga nada de inmoral. (*Pausa.*) ¿Y era eso todo lo que querías preguntarme?

CLARA.—¿Trata de hombres viciosos, verdad?

JULIAN.—Viciosos, es decir, según: enfermos, más vale; anormales. Es lo que sostiene papá; aunque fisiológicamente fueran normales esos desgraciados, y se considere su vicio como una simple desviación del instinto, eso mismo prueba su anormalidad, y por lo tanto, su relativa irresponsabilidad en ciertos casos, ya que el vicio, como toda aberración es fatalmente anormal... Pero, no veo en qué pueda interesarte todo esto a tí, francamente.

CLARA.—¡Qué desdichados serán esos infelices!

JULIAN.—Hay que suponerlo...

CLARA.—¡Cuánta piedad, cuánto horror se inspirarán a sí mismos! ¡Desdichados!...

JULIAN.—Es decir... eso suponiéndoles conciencia moral, de lo que carecerán probablemente.

CLARA.—¿Tú crees?

JULIAN.—Yo supongo.

CLARA.—Es horrible...

JULIAN.—Sí, mamá... Pero... te ruego, hablemos de otra cosa. ¡Si supieras tú todo el asco, toda la piedad, toda la vergüenza—¡al fin son hombres!—que sentía por ellos al copiar el informe! Sólo por ser trabajo de papá pude terminarlo... Ya me imagino toda la repugnancia que sentiría él al escribirlo. Pero, al fin, es obra de piedad humana su defensa...

CLARA.—Sí, hijo mío... Sí; tienes razón. ¡Es repugnante, es repugnante todo eso! ¡Ah! desdichados, desdichados... ¡Y pensar en la amargura que sembrarán en sus hogares esos infelices! ¡Pensar en la miseria moral de los hogares en que tales vicios se adquieren! Qué estigma para sus hijos; qué escuela; qué ejemplo!... ¡Da horror el pensarlo: la pureza, la inocencia, recibiendo tal herencia!... ¡Oh, no! ¡No puede ser!... ¡No puede ser!

JULIAN.—¡Mamá!... Pero ¿qué te pasa?... ¡Te exaltas!

CLARA.—Sí, hijo mío... ¡Es que es horrible!... ¡Una herencia de vicios, de miserias, de degeneración eterna!... ¡Pobres madres; pobres mujeres; pobres hijos!...

JULIAN.—Me asustas, de veras...

CLARA.—No, hijo mío, no... Yo... ¡yo soy feliz, dichosa!... ¡Por tí! ¡Porque eres bueno, puro, sano! ¡Ah!... ¡pero me irrita, me subleva pensar en

las asechanzas que puede tender el vicio en tu camino!... Pero, dime... ¿Tú has conocido a alguno de esos desgraciados?

JULIAN.—¿Yo?...

CLARA.—Sí... por ahí... en el colegio... ¿no había ninguno?...

JULIAN.—Sí... en todos los colegios hay alguno... en los internados especialmente... Pero... ¿por qué me preguntas eso?...

CLARA.—Por nada... por nada... He estado leyendo parte de ese informe... y he tenido miedo... ¿para qué he de engañarte?...

JULIAN.—¿Miedo de qué?...

CLARA.—De nada... ¿no te digo?... Aprensión no más... Tú eres un hombre... un verdadero hombre... como yo te quiero... ¿verdad?.

JULIAN.—Pero mamá.. No te comprendo hoy...

CLARA.—(*Besándolo y acariciándolo.*) Sí... ¡qué tonta soy!... Vaya... bésame... Besa a tu madre... ¡Ah!... qué feliz... qué feliz soy contigo!...

JULIAN.—Te aseguro que me asustaste un poco... Creí que se trataba de algo más grave...

CLARA.—No... sólo quería verte, hablar contigo, tenerte a mi lado... ¡Así!... Tú no sabes las angustias de una madre pensando en los peligros que rodean a sus hijos... en las depravaciones del mundo... en las miserias de las malas amistades... Pero por tí estoy tranquila... Tú eres bueno, bueno... ¿verdad?...

JULIAN.—Sí, mamá, por tí... (*La besa*).

CLARA.—Y ahora, déjame... (*Se levanta.*) Debo escribir unas cartas... Y tú... tú no has estudiado hoy, ¿no?...

JULIAN.—No he abierto los libros en todo el día... Hasta luego...

CLARA.—Hasta luego, hijo... (*Mutis Julián hacia el interior. Se oye el timbre de calle. Clara, luego de arreglarse bruscamente el cabello y enjugarse el rostro, vuelve al escritorio, toma la carpeta de papeles, la cierra y va a colocarla en la biblioteca*).

Clara y Petrona

PETRONA.—(*Por foro*). El mozo del club pregunta si no sabe dónde encontrará al señor a esta hora.

CLARA.—¿Qué quiere?...

PETRONA.—No sé... Creo que trae una carta, pero no quiere dejarla.

CLARA.—(*Después de una breve vacilación.*) Hazlo pasar... (*Mutis de Petrona*).

Clara y Benito

BENITO.—Buenas...

CLARA.—Pase. ¿Qué deseaba?

BENITO.—Yo, nada. Traía una carta pal dotor.

CLARA.—¿De Pérez?...

BENITO.—Sí, señora.

CLARA.—Bueno... tendrá que dejarla, porque él no está.

BENITO.—A mí me han dicho que la entregue en propias manos.

CLARA.—Es lo mismo. Yo soy la esposa.

BENITO.—Tanto gusto... pero esa es la orden.

CLARA.—Como guste... Si quiere dejarla, la deja.

BENITO.—Y además, tengo de llevar la contestación, tengo. Así que si sabe dónde lo encontraré...

CLARA.—No sé... El ha dejado orden que si traían una carta de Pérez la dejaran... Pero si usted no quiere...

BENITO.—Perfetamente... Si usté m'ordena que se la entregue, yo se la entrego... perfetamente. Pero reclino las responsabilidades, reclino. Sírvase.

CLARA.—(*Abre la carta y la lee rápidamente.*) Está bien... Dígale que él no puede ir, pero que lo espera sin falta. ¿Ha entendido?

BENITO.—Perfetamente...

CLARA.—Y si le pregunta... Espérese un poco... (*Abre un cajón del escritorio y le da algún dinero.*) Tome. Esto para usted...

BENITO.—Tantas gracias... (*Lo guarda.*)

CLARA.—Si le pregunta algo, usted le dice que estaba el doctor y que habló con él. ¿Entiende?

BENITO.—Perfetamente...

CLARA.—Y ahora, dígame: ¿usted es capaz de hacer un favor?

BENITO.—Yo soy capaz de todo, soy... pudiendo.

CLARA.—Yo le voy a pagar bien, pero usted tiene que decirme la verdad.

BENITO.—Yo no engaño a las mujeres. Puede preguntar.

CLARA.—Dígame... ¿usted es ordenanza del club ese, no?

BENITO.—Es decir... a las veces, porque también sé ser mayordomo y, asigún, secretario. Las voy de todo, las voy. Tanto pa un barrido como pa un friegado...

CLARA.—¡Ahjá!... y... ¿quiénes van a ese club? ¿Qué hacen?...

BENITO.—Y... van los socios, van. Y áhi se reunen y la parlan... y... ¡yo qué sé, yo!

CLARA.—¿Cómo qué sabe? Usted tiene que saber qué pasa allí. Dígame ¿van mujeres?

BENITO.—Puede estar tranquila en ese sentido, puede...

CLARA.—¿Por qué?... ¿no van?

BENITO.—Vea... (*En actitud de devolverle el dinero*). Permítame, señora... Usté es muy capsiosa, es... Yo no puedo prestarme...

CLARA.—No veo por qué... Yo le pregunto simplemente si van mujeres. Nada más sencillo que contestar si o no. Con decir la verdad... Supongo que a usted no le vendrá mal ganarse unos pesos...

BENITO.—Es que según y cómo, según...

CLARA.—Pues, diciéndome la verdad. Yo le pagaré lo que quiera.

BENITO.—Señora, yo, por mí, hablaría, ¿sabe?... pero... ¡No! Y últimamente, esas cosas puede preguntarlas a su marido, puede.

CLARA.—(*Un poco violenta, deteniéndolo*). No no... Permítame. Usted va a hablar, ¿oye? Siéntese ahí.

BENITO.—No... si estoy bien de parado...

CLARA.—¡Le digo que se siente! ¿O no oye?

BENITO.—¡Qué calor!... (*Aparte, sentándose en el borde de la silla.*)

CLARA.—Y va a hablar claro. Vea: (*Abre el cajón del escritorio*). Aquí hay dinero, le pagaré lo que pida si contesta bien. (*Saca un revólver y lo enseña*). ¡De lo contrario lo voy a hacer hablar yo!

BENITO.—Señora... permítame... Haga el favor de no jugar con eso... (*Aparte.*) ¡Qué calor!

CLARA.—Elija usted.

BENITO.—Es que usted quiere comprometerme, quiere.

CLARA.—No tiene nada que temer. Nadie sabrá nada.

BENITO.—Vea, señora... Yo no tengo nada que ver con lo que pasa allá... Yo cumplo con mi deber, y se acabó... Es que uno tiene que vivir de lo que puede, tiene; y no todos somos manates.

CLARA.—Eso no me interesa. Usted va a decirme qué pasa en el club ese; quiénes van; qué hacen. ¿Mi marido va siempre?

BENITO.—Y... seguro.

CLARA.—¿Y Pérez?

BENITO.—Usté me hace hablar, me hace... ¡Vea!

CLARA.—Contésteme.

BENITO.—Y... más o menos...

CLARA.—¿Pérez vive ahí?

BENITO.—Y... natural. Es su casa...

CLARA.—¿Y por qué le llaman el club?...

BENITO.—¡Y!... será porque tiene socios... ativos y pasivos...

CLARA.—¡Eh!... ¿Van mujeres también?...

BENITO.—Y... más o menos... En fin, no sé qué le diga, no sé... Mujeres, alguna que otra bolada. Pero es raro. Anoche estuvo una de gran capelo.

CLARA.—Mujeres de mala vida serán, ¿no es así?

BENITO.—Y... yo la vida no les conozco, la vida.

CLARA.—¿Y qué hacen?

BENITO.—¿Cómo qué hacen?... ¡Cosas de mujeres! Claro, de mujeres de "upa", claro...

CLARA.—¿De upa?... ¿Y qué es eso?

BENITO.—Mujeres fallutas, ¡bah!

CLARA.—Explíqueme eso.

BENITO.—Eh... hágase la inorante, sí, hágase...

CLARA.—Explíqueme. No entiendo.

BENITO.—Y... mujeres falsificadas, ¿no sabe?... Varones de ambos "sesos", como dicen...

CLARA.—Pero... de modo que... ¡No! eso no es posible... ¡Usted miente!

BENITO.—Señora... permítame... Yo no miento nada...

CLARA.—Pero... ¡dígame! Mi marido... ¿qué hace mi marido ahí?... ¿Qué hace?...

BENITO.—Y, señora... Son cosas de la vida... ¡Qué va a sorprenderse uno! Cada hombre tiene un vicio, tiene.

CLARA.—Pero mi mari... ¿El doctor a qué va?... ¿usted lo conoce?...

BENITO.—Hace rato...

CLARA.—¿Y a qué va?... Dígamelo usted, ¿a qué va?... ¿Qué hace él ahí?...

BENITO.—Y... señora... usted ya me exige cosas que no puedo decir... aunque las piense, ¿sabe?... El señor Pérez sabrá a qué va. Como van La Juanita y La Princesa... y... todas esas otras...

CLARA.—Entonces... él... el doctor... mi marido también es de esos...

BENITO.—¿Y?...

CLARA.—Y Pérez... Pérez es... es... diga usted qué es el señor Pérez...

BENITO.—Mire, señora... Ya que me ha hecho hablar... Pa mí... el señor Pérez ese... es un piernún de la madona... es... A mí me contrató cuando estaba de coscrito... ¡Era un rana!... Conocía a todos los minotauros... del cuartel, conocía...

CLARA.—(*Serenándose; muy fría.*) Está bien. Tome. (*Le da dinero*).

BENITO.—Yo espero que usté a mí no me comprometa...

CLARA.—Usted se guardará muy bien de decir una palabra de esto a nadie.

BENITO.—Descuide. ¿Y qué le contesto?

CLARA.—Eso: que lo espera aquí ahora, sin falta.

BENITO.—Perfetamente... Con permiso... (*Mutis.*)

CLARA.—(*Con desesperación*). ¡Ah, señor, señor! ¡Qué miseria!... (*Pausa*). ¡Qué asco!... (*Arregla los papeles. Da un nuevo vistazo a la carta y la deja. Va a cerrar el cajón y ve el revólver. Lo toma pensativa, y luego lo deja y cierra el cajón. Llama. Cierra la biblioteca. Oprime el botón y apaga algunas bujías, quedando la pieza sin más luz que la del escritorio.*)

Clara y Petrona

PETRONA.—¿Llamó usté?

CLARA.—Arréglame la cama.

PETRONA.—Está lista.

CLARA.—¿Se han acostado los muchachos?

PETRONA.—La niña sí, hace rato. El niño estudia en su pieza.



CLARA.—Bien... Puedes cerrar y acostarte. Si llaman abrirá Julián. Buenas noches. (*Mutis*).

PETRONA.—Que descanse... (*Al verla marcharse*). Está bueno... (*Golpeándose las narices con el índice derecho y como olfateando.*) Aquí pasa algo... No, no me equivoco... (*Mutis por izquierda hacia el interior. Pausa. Aparece por foro, y como de la calle, Florez. Parece preocupado y abatido. Vuelve el botón de la luz y se ilumina la pieza. Deja el sombrero y el bastón en la percha. Luego, lentamente, se quita el sobretodo y lo cuelga. Se acerca al escritorio y con ademán lento se saca los guantes y los arroja negligentemente sobre aquél, advirtiendo entonces la carta de Pérez. La lee, con alguna sorpresa. Luego llama. Pausa. Se pasea por la habitación.*)

Florez y Petrona

PETRONA.—¿El señor llamaba?

FLOREZ.—Esta carta, ¿cuándo la han traído?

PETRONA.—Ahora no más, hace un momento.

FLOREZ.—¿Abierta?

PETRONA.—Ah... eso yo no sé.

FLOREZ.—¿La señora se ha acostado?

PETRONA.—Creo que no... Ahora iba para allá...

FLOREZ.—Llámela y tráigame café.

PETRONA.—Muy bien. (*Mutis*).

Florez y Clara, luego Petrona

(*Flores, solo, se pasea breves instantes. Aparece Clara. Durante toda la escena hablará fríamente, lo mismo que él, pero sin provocación.*)

CLARA.—¿Qué querías?

FLOREZ.—Acabo de encontrar esta carta. ¿La has abierto tú?

CLARA.—Sí.

FLOREZ.—¿Y por qué motivo?... ¿No tengo prohibido que se toquen mis cosas?... ¿O es deseos de fastidiarme?

CLARA.—Absolutamente... Creí que podía ser de urgencia.

FLOREZ.—Bien. Que esto no se repita.

CLARA.—¿Sólo para esto me llamabas?

FLOREZ.—Nada más.

CLARA.—De modo que puedo acostarme... Me siento un poco enferma.

FLOREZ.—Puedes acostarte. (*Pausa larga. Vuelve Petrona, con el café. Lo deja y se marcha*).

CLARA.—(*Después que Petrona se ha marchado.*) ¿Me has oído?

FLOREZ.—Que sí, hombre. Puedes acostarte.

CLARA.—Por lo visto, no te interesa saber lo que tengo siquiera.

FLOREZ.—Lo supongo. (*Revuelve el café y lo toma a pequeños sorbos*). Lo de siempre. (*Pausa*).

CLARA.—Hasta mañana. (*Sin mirarlo, muy fría.*)

FLOREZ.—Hasta mañana. (*Mutis de Clara.*)

Florez y Petrona. Luego Pérez; después, Clara y al final Julián

(*Florez, que ha tomado ya el café, parece meditar un instante. Luego, resolviéndose, toma los guantes, el sombrero y el bastón, se arregla y sale lentamente por foro. Hay una breve pausa y reaparece por foro Petrona en busca del servicio de café y se marcha con él hacia el interior. Apenas ha hecho mutis, reaparece por foro Florez, acompañado de Pérez*).

FLOREZ.—Sí... Allá iba.

PEREZ.—Hombre... Como me has hecho llamar...

FLOREZ.—¿Yo?... Yo no te he hecho llamar... (*Se sientan*).

PEREZ.—Cómo... ¿Pero no me has hecho decir tú que me esperabas?

FLOREZ.—En este instante recibo tu carta. Ahora mismo.

PEREZ.—Pues, ¡buen estúpido es el muchacho ese! ¡Vaya un modo de dar un mensaje!

FLOREZ.—Bien. Eso aparte. ¿Qué querías de mí?

PEREZ.—Nada absolutamente: hablar, charlar, nada más. ¿Tu gente ha salido?

FLOREZ.—Se han acostado. Clara está un poco enferma.

PEREZ.—Hombre... ¿Qué tiene?

FLOREZ.—Tonterías; ganas de fastidiar.

PEREZ.—Está bueno.

FLOREZ.—Respecto a tí, con franqueza, me extraña este repentino deseo de charlar.

PEREZ.—Hijo... Como saliste anoche así... en esa forma... Yo quería explicarte... por eso te escribí llamándote...

FLOREZ.—Mira... Lo de anoche prefiero que lo dejemos de lado. No comentemos lo que no merece comentario. Por lo demás, es asunto liquidado.

PEREZ.—Está bueno... ¿De modo que liquidado?

FLOREZ.—Absolutamente.

PEREZ.—¿Y si yo te dijera que es una tontería?

FLOREZ.—Hombre... tú puedes decir lo que quieras. Yo sé a qué atenerme. Y... mira: francamente, es mejor que haya sucedido así. Es mejor, por mil motivos.

PEREZ.—Vamos a ver algunos.

FLOREZ.—Por mil motivos que es inútil enumerar. Alguna vez tenía que terminar esto... era fatal. Es justo que yo que he sido eternamente una víctima de la fatalidad, la aproveche ahora para libertarme.

PEREZ.—Está bueno... está bueno. Continúa. (*Arrellenándose en el sofá, cruzado de piernas y mirando hacia el techo.*)

FLOREZ.—Había pensado no volver a verte después de lo de anoche, y, ya ves, iba a tu casa resuelto a terminar de una vez.

PEREZ.—De modo que lo de anoche es sólo un pretexto...

FLOREZ.—Pretexto o no, estoy cansado. Esta miseria constante, esta ignominia de toda mi vida, es ya como un dogal que me oprime. Lo de anoche ha servido para aclararme muchas ideas y para hacerme ver hondo en mi propia conciencia...

PEREZ.—Mira... es mejor que calles. Así... así resultas indigno, francamente. (*Acercándose a él y hablándole casi al oído, pero con voz firme*). Resuellas por la herida... ¡Vaya! ¿O es que ahora vas a sentir celos como... ¡sí! como una mujerzuela vulgar?... Contesta.

FLOREZ.—Cállate, cállate...

PEREZ.—No; contesta... ¿O es que nada vale para tí mi amistad de toda la vida?... ¿O es que quieres olvidar ahora nuestras penas, nuestras alegrías, nuestras miserias de veinte años!... ¿O es que quieres olvidarlo todo por un incidente vulgar, sin importancia?... Confiesa; confiésalo... ¿Tienes celos?...

FLOREZ.—Sí... tengo celos... Tengo un asqueroso despecho, que a mí mismo me avergüenza pero que no puedo dominar... Este vicio, esta aberración que es ya una segunda naturaleza en mí, empieza a tener su crisis y tú la has provocado... Desde anoche te tengo asco... y me lo tengo a mí mismo... (*Llorando*). Soy un desgraciado...

PEREZ.—Eres una criatura... Te creía un individuo superior, capaz de levantarte sobre tu propia inmundicia... pero te veo empequeñecido como un... como uno de esos otros que tú mismo defiendes en tu informe...

FLOREZ.—Sí... y eso es lo que me da asco, y vergüenza, y rabia... Vete... y que no te vea más en mi vida...

PEREZ.—¡Bah!... ¿Y con eso creerás regenerarte?...

FLOREZ.—Sí... por mis hijos... por mi hogar...

PEREZ.—Es tarde... Lo que se recibe con la sangre o se aprende en la niñez no se olvida ni se abandona sino con la muerte... Dejarás de verme a mí, pero no dejarás tu vicio... como yo no dejaré el mío... Y no habremos hecho nada más que cambiar de... que cambiar de amante como las prostitutas...

FLOREZ.—Has envilecido mi vida... mi propia consideración...

PEREZ.—No, no he sido yo... Han sido tus padres... tus abuelos, tu raza.... como tú mismo lo sostienes... Ha sido la escuela donde te educaron, la casa donde te criaron, los parientes que te mimaron... Yo... yo no he sido más que un instrumento de tu depravación, que a no haberlo sido, no te habría faltado nunca... Por que tu vicio es un mal genésico... Independízate de mí y no conseguirás más que difundir tu deshonor... y envilecerte más...

FLOREZ.—Vete... vete... No quiero oirte más... Soy menos que una mujer..

PEREZ.—Sí... y así te he conocido y así te conozco... Como a una mujer... (*Apaga la luz del centro.*)

FLOREZ.—¿Qué haces?...

PEREZ.—Volverte a la realidad de tu propia miseria, de nuestra propia miseria, que está en la sombra... Hacerte olvidar de tí mismo, de esa hombría que quieres aparentar y que no es más que el producto de la luz... Quiero impedir que te veas... que nos veamos...

FLOREZ.—No... vete... vete...

PEREZ.—No, he dicho; no me voy... Quiero verte dócil, como lo has sido siempre, sumiso, femenino, que es tu verdadero estado... así... que te olvides de que eres hombre y de que sea tu propia infamia, tu dicha en la sombra como es tu verdugo a la luz (*lo acaricia*). Así... así... como lo eras cuando niño... y como lo serás toda tu vida ya, irredenta, inconvertible. (*Se inclina sobre él hasta rozar su cuello con los labios. Junto a la puerta, en la semi-obscuridad, ha aparecido la figura de Clara. Viste un peinador blanco. Ansiosamente parece inclinarse a oir. A medida que el diálogo parece ir culminando, ella con el brazo extendido, abre suavemente el cajón del escritorio y saca el revólver*). No eres tú... Vuelve a ser el de siempre... (*Se oye un beso largo y lento. Clara, con además rápido ilumina la habitación. Los dos, con asombro quieren incorporarse.*)

FLOREZ.—¡Clara!

CLARA.—¡Miserables!... ¡Asquerosos!... (*Con ademán rápido, irreflexivo, hace fuego sobre ambos. Pérez, herido, retrocede unos pasos. Lanza un quejido apagado y cae.*)

FLOREZ.—¡Clara!... ¡Qué has hecho!... ¡Mujer!

CLARA.—(*Con gesto breve y enérgico, como una orden.*) ¡Calla!... ¡Has sido tú! ¡Has sido tú!... Toma... (*Le da el arma*). ¡Ahora... ahora te queda lo que tú llamas la última evolución... tu buena evolución! (*Florez recibe el revólver instintivamente, casi inconscientemente como si hubiera perdido en ese instante de regreso a la realidad la noción de lo que pasa. Se oye, de adentro la voz de Julián que llama: ¡Mamá! ¡Mamá! Al oirla Clara, insiste con imperio*). ¡Tus hijos!... ¡Pronto! ¡Pronto!... (*Flores parece reaccionar. Hace un gesto de resolución súbita y sale precipitadamente por foro. Clara cae vencida, desfalleciente en una silla.*)

JULIAN.—(*Entra azorado*). ¡Mamá! ¡Mamá!... ¿qué hay? ¿qué pasa?... (*Clara se incorpora y corre a abrazar a su hijo como para impedirle que avance. Se oye un tiro afuera por la parte de foro.*)

JULIAN.—¡Mamá!...

CLARA.—(*Rompiendo en sollozos sobre el hombro de su hijo.*) ¡Tu padre, hijo mío!... ¡Tu padre!...

TELON.

Fin del drama.

Nuestro director, Federico Mertens, fundador de BAMBALINAS, abandona su dirección que hasta aver desempeñó con el acierto conocido.

Nos abandona Mertens, porque sus actividades de comediógrafo le impiden dedicar a esta revista la atención que su cariño a la misma le exije.



JULIO ESCARCELA

Instituto de Danzas Modernas

Unico en Sud America

Primer maestro Director Argentino diplomado en Londres, Paris y Bs. As.

J. C. Herrera



Enseñanza perfecta y elegante de

Bailes de Salon

Las clases son privadas

Horario: De 8 a 12 a. m.
De 2 a 7 y de 9 a 12 p. m.

Profesor oficial del
Plaza Hotel — Majestic Hotel

Creador de los bailes de la opereta
La Duchessa del Bal Tabarin

Sucursal en Mar del Plata
Temporada 1918-19

BARTOLOME MITRE 1282 - U. T. 5830 Lib.



Todos necesitan nuestros relojes luminosos al **Radium**

en cualquier momento del día y de la noche

Solamente usándolo se apreciará la bondad y comodidad del artículo.

Ingersoll Watch Co.

393 Cerrito